

# CRISTIANDAD

Año XXI - Núm. 398

BARCELONA

ABRIL 1964

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



## SUMARIO

### EDITORIAL

**"CRISTIANDAD" SAUDADA  
POR AMIGOS BRASILEIROS**  
Paulo Correa de Brito Filho

**MENSAJE FRATERNO**  
Juan Mágica

**EL MISTERIO DEL VERBO  
Y "CRISTIANDAD"**  
Juan Miguel Bargalló Cirio

**VEINTE AÑOS, CUARENTA AÑOS**  
Luis Creus Vidal

**LOS AÑOS PASADOS**  
(Diálogo nuevo de árboles viejos)  
Fraxinus Excelsior

**SIN IDEAL**  
Francisco Hernanz

**EL INFIMO COLABORADOR  
DEL PRIMER NUMERO**  
Pablo López

**FELIZ COINCIDENCIA**  
José M. Mundet Gifre

**"LA CRISTIANDAD" A ESCALA  
MUNDIAL**  
M. A. López Suñe

**LEMA Y CONSIGNA  
DE "CRISTIANDAD"**  
Roberto Cayuela, S. I.

**ANTOLOGÍA DE TEXTOS  
DEL P. ORLANDIS**

**LA VIRGEN NUESTRA MADRE  
NO VA A DESUNIRNOS**  
Martirián Brunsó, Pbro.

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Tif. 221 27 75

ADMINISTRACIÓN:  
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

## ENTONCES Y AHORA

Siendo un día igual en sí a otro, un aniversario viene a ser el realce deliberado de una fecha en relación con otra anterior; es un hito colocado en la sucesión monótona e igualitaria de los días, para advertirnos, obligándonos en cierta manera a mirar hacia atrás, analizar los resultados del camino recorrido y renovar los propósitos de cuando comenzamos, si siguen siendo válidos.

Un hombre genial, un sacerdote saturado de auténtica espiritualidad y dotado de una inteligencia poco común que le hacía ver la religión, la historia y la sociología en todo su respectivo alcance y mútua conexión, el R. P. Ramón Orlandis S. I., hace veinte años quiso transmitir a los demás sus ideas, sus pensamientos y sus conclusiones, y fundó «CRISTIANDAD».

Era entonces el mundo agitado y convulso de 1944, desolado por la guerra. Es en 1964 un mundo con paz de guerra, pero sin paz moral y espiritual.

Sigue, como entonces, igualmente agitado y convulso el mundo. Contra su agitación y desasosiego la química farmacopea ha lanzado los calmantes y tranquilizantes. Pero los tranquilizantes químicos sólo han logrado producir en unos casos monstruos anatómicos, cual los llamados niños talidomídicos, y en otros monstruos morales, cual esos gamberros ingleses consumidores de esas drogas, que en masa asolaron una población golpeando a las gentes indefensas y destrozando por el solo placer de así hacerlo.

La convulsión del mundo sólo podrá hallar tranquilidad con las medicinas del espíritu, con la desmaterialización por la aspiración de santidad, como a través de siglos hicieron siempre los Santos, nuestros más inmediatos modelos.

Para conseguir la paz de esa guerra, como decíamos entonces, repetimos ahora que: «nuestras armas han de ser la piedad y religión, la rectitud, las oraciones y el escudo de la fe...».

Dejemos que el Padre Orlandis nos lo repita con sus propias palabras:

«Lector amigo: El espíritu de los Santos, su persona y su acción vive y perdura en la Iglesia porque es algo eterno y divino, es de actualidad imperecedera, sin merma ni decadencia. Ojalá que los cristianos, sin resabios de un naturalismo anémico y estéril, busquen la luz y la actualidad indeficiente en la ciencia, en la vida y en el alma de los Santos. En el corazón de los Santos fluye la corriente de aguas vivas que dimana del Divino Corazón y resurte hasta la vida eterna.

«La actualidad perfecta, absoluta, definitiva, es Cristo, piedra angular del templo de Dios, el cual es el cuerpo místico de Cristo y la obra eterna de Dios es la formación de este Cuerpo Místico. Esta obra de Dios es actual y actualizante. Este es el único sentido de la Historia, que ojos miopes creen sorprender en movimientos cíclicos o progresivos carentes de sentido, de vida, de razón de ser. Quiera Dios, lector amigo, hacer la gracia a los que, con temor y temblor, laboran en CRISTIANDAD, de captar esta divina actualidad, imperceptible a la carne.»

Fernando Serrano  
Director

BENDICION DE NUESTRO PRELADO  
AL INICIARSE «CRISTIANDAD»

Bendecimos de corazón al  
director, redactores y colabo-  
radores de la revista "Cris-  
tíandad"; hacemos votos por  
su máxima difusión, y com-  
placidos manifestamos lo  
mucha por esperamos de  
una publicación inspira-  
da en santos y nobles ideales  
que de resumen en aquella  
divina del Apóstol: "Instaurare  
omnia in Christo."

Gregorio, Obispo de Barcelona

6-3-1944



EL ARZOBISPO-OBISPO  
DE  
BARCELONA

---

Barcelona, 28 de febrero de 1964.

Sr. Director de la revista «Cristiandad».  
Barcelona.

Muy apreciado en Cristo Jesús:

Al llegar la revista «Cristiandad» a sus veinte años de vida, me complazco recordando sus inicios y contemplando la fecundidad de aquella mi primera bendición y mis votos hechos realidad en los volúmenes que, siempre fiel al pensamiento y a los objetivos que se propusieron sus fundadores, ha mantenido esta publicación católica, cuyo lema es «instaurare omnia in Christo».

Quisiera que mis diocesanos ponderaran el valor de sus escritos, densos de doctrina segura y profunda, y supieran corresponder al noble esfuerzo de sus directores, redactores y colaboradores no sólo suscribiéndose y leyéndola, sino también aconsejando su lectura y difundiendo sus números.

Afirmados esos valores de «Cristiandad», podemos desear que mejore de día en día, que sepa recoger los principios orientadores para el mundo de hoy, que va dando el Magisterio de la Iglesia, particularmente a través de los documentos de los Pontífices modernos, y estar al mismo tiempo atenta al latir a veces ritmado con la doctrina católica, otras desacompañado de las ideas y del vivir contemporáneos. Me consta que quienes trabajan en la revista tienden a ese objetivo.

Que Dios les bendiga ampliamente como se lo pedimos, mientras a los que trabajan en la revista y a los lectores, otorgamos nuestra paternal Bendición.

† EL ARZOBISPO-OBISPO

*J. Preponis, Arzobispo-Obispo*

## «CRISTIANDAD» SAUDADA POR AMIGOS BRASILEIROS

O espírito de cruzada, tão saliente no carácter espanhol, data de muitos séculos. Remonta à época de Reconquista, que só se explica por esta mentalidade religiosa e guerreira, traço distintivo da alma espanhola aos olhos de todo o mundo.

Em nossa época, um inimigo indizivelmente mais perigoso que o Islã ameaça tragar aquilo que ainda resta de Cristandade. Esse grande inimigo — o comunismo, que Pio XI denominou a maior heresia de todos os tempos — anos atrás, já foi varrido da Espanha, após uma cruzada que custou milhões de vidas e esforços heróicos ao glorioso povo ibérico. Entretanto, como ainda estava bem vivo o ideal religioso no coração dos espanhóis, venceu o espírito de Covadonga e efetuouse uma nova Reconquista.

A Espanha desde então, celebrizou-se ainda mais como um baluarte de Cristandade contra os assaltos do bolchevismo.

O comunismo, a partir de 1931, tentou encastelar-se nesse país, sob a forma violenta e anti-católica, tendo sido derrotado. Entretanto, na impossibilidade de penetrar na cidadela pela força, o inimigo adotou uma outra tática, que é a infiltração sub-reptícia e o amolecimento da resistência católica.

O gênio clarividente do Rev. Pe. Orlandis, S. J., soube perceber o perigo tremendo que representava esse segundo processo. Compreende-se que o eminente jesuíta tenha concebido "Cristiandad" — cujo título já é um símbolo deste espírito — como uma vigorosa arma defensiva em relação àqueles que desejavam e ainda tentam abrir as portas da cidadela ao inimigo externo. Assim sendo, o trabalho de "Cristiandad" não pode

deixar de ser admirado pelos amigos do exterior, porquanto defende um dos baluartes mais sólidos da Civilização Cristã em nossos dias: a fortaleza católica ibérica, de importância vital para a América Latina.

Talvez muitos não compreenderão a grandeza desse problema e a importância dessa missão, para a qual a Providência suscitou o Pe. Orlandis e seus brilhantes continuadores. Contudo, nós qui do Brasil, situados num ponto longínquo deste grande campo de batalha, sabemos avaliar a magnitude desta luta ideológica e só podemos considerá-la altamente benemérita. Isto porque, se as portas da Espanha forem abertas e essa importante praça-forte render-se diante do comunismo, mascarado em "progressismo" ou em qualquer das outras distorções em voga, do espírito católico, então é possível que chegue a hora trágica da "potestas tenebrarum". Bolchevizada a Espanha, os católicos de todo o mundo, e, especialmente os latinoamericanos, teriam muito a recear, pois a avalanche vermelha, muito provavelmente, invadiria o universo inteiro.

Em vista disso, todos os leitores e amigos de "Cristiandad" no Brasil suplicam ao Sagrado Coração de Jesus, sob cuja proteção especial está votada a publicação, que assegure a permanência e desenvolvimento dos tão grandes serviços que a revista já prestou. Estes votos são particularmente intensos na família de almas de "Catolicismo", ligada por admiração, amizade e identidade de ideais ao brilhante grupo de intelectuais a que "Cristiandad" deve seu alto padrão de cultura e doutrina. ✱

Paulo Correa de Brito Filho  
Brasil, abril, 1963

\* El espíritu de cruzada, tan notable en el espíritu español, data de muchos siglos. Remonta a la época de la Reconquista, que sólo se explica por esa mentalidad religiosa y guerrera, trazo distintivo del alma española a los ojos de todo el mundo.

En nuestra época, un enemigo indeciblemente más peligroso que el islam amenaza con anegar aquello que aún resta de la Cristiandad. Ese gran enemigo — el comunismo, que Pío XI denominaba la mayor herejía de todos los tiempos — años atrás, ya fue barrido de España, después de una cruzada que costó millones de vidas y esfuerzos heroicos al glorioso pueblo ibérico. Entre tanto, como aún estaba bien vivo el ideal religioso en el corazón de los españoles, venció el espíritu de Covadonga y efectuóse una nueva Reconquista.

A España desde entonces, se la conoce aún más como un baluarte de la Cristiandad contra los asaltos del comunismo.

El comunismo, a partir de 1931, intentó encastillarse en ese país bajo forma violenta y anticatólica, habiendo sido derrotado. Después, en la imposibilidad de penetrar en la ciudadela por la fuerza, el enemigo adoptó otra tática, que es la infiltración subrepticia y el ablandamiento de la resistencia católica.

El genio clarividente del Rev. P. Orlandis, S. I., supo percibir el peligro tremendo que representaba ese segundo proceso. Compréndese que el eminente jesuíta haya concebido CRISTIANDAD — cuyo título ya es un símbolo de este espíritu — como una vigorosa arma defensiva en relación a aquellos que deseaban y aún desean abrir las puertas de la ciudadela al enemigo exterior. Siendo así, los trabajos de CRISTIANDAD no pueden dejar de ser

admirados por los amigos del exterior, por cuanto defiende uno de los baluartes más sólidos de la Civilización Cristiana en nuestros días: la fortaleza católica ibérica de importancia vital para la América latina.

Tal vez muchos no comprenderán la grandeza de este problema y la importancia de esa misión, para la que la Providencia suscitó al P. Orlandis y sus brillantes continuadores. Con todo nosotros aquí en el Brasil, situados de este gran campo de batalla, sabemos valorar la magnitud de esta lucha ideológica y podemos considerarla altamente benemérita. Esto porque si las puertas de España estuvieran abiertas y esa importante plaza fuerte se rindiera al comunismo, enmascarada de "progresismo" o cualquiera de las otras distorsiones del espíritu católico en voga, entonces es posible que llegase la hora trágica de "potestad de las tinieblas". Bolchevizada España, los católicos de todo el mundo, y, especialmente los latinoamericanos, tendrían mucho a recear, pues la avalancha roja, muy probablemente invadiría el universo entero.

En vista de eso, todos los lectores y amigos de CRISTIANDAD en el Brasil suplican al Sagrado Corazón de Jesús, bajo cuya protección especial se ha colocado la publicación, que asegure la permanencia y desenvolvimiento de los grandes servicios que la Revista ya ha prestado. Estos deseos son especialmente intensos en la familia de almas de "Catolicismo", ligada por admiración, amistad e identidad de ideales, al brillante grupo de intelectuales a que CRISTIANDAD debe su alto nivel de cultura y doctrina.

## MENSAJE FRATERO

Si es posible establecer aniversarios que pueden significar la entrada en la edad mayoritaria para una publicación periódica, estimo que no sería un desacierto fijarle el cumplimiento de los 20 años de existencia. Pero, como no hay regla sin excepción, puede también afirmarse que algún órgano informativo obtiene mayoría de edad en lapso mucho más breve que podría ser solamente un lustro.

Así estimo la calidad y la eficaz proyección que ha tenido la revista barcelonesa "Cristiandad" al cumplir ahora su vigésimo aniversario. Es una publicación nacida de manera muy interesante para quienes estudiamos con fervor el desenvolvimiento ideológico de España. Esta excelente revista ha recogido durante 20 años en sus páginas nutridas las mejores esencias del pensamiento católico en proyección universal, como siempre lleva lo católico en su propio significado.

Desde sus primeros números nos ha prodigado una riqueza invaluable de lectura. La miramos como nuestra amiga dilecta cuando el tiempo nos permite un cierto aislamiento de los trajines cotidianos. En las páginas de "Cristiandad", se nos ofrece siempre el mensaje nutritivo de la Iglesia Universal. Sus

artículos y documentos pastorales nos prestan una poderosa ayuda para comprender mejor y difundir con mayor conocimiento lo que es el precioso tesoro de nuestra fe.

Agradecemos como fieles hijos de la Iglesia al supremo Creador, la fecunda existencia ya veinteañera de esta gran revista. Ella imparte alentadora influencia religiosa en la magnífica lengua española, que hoy se expande por inmensas latitudes del planeta.

Desde la nobilísima ciudad condal, donde llegara Colón con los primeros tesoros del prodigioso descubrimiento del Nuevo Mundo, sale en nuestro tiempo hacia las mismas tierras que entonces vivían en la oscuridad del paganismo, los mensajes fraternos de "Cristiandad", para acompañarnos en nuestra tarea cotidiana de profunda esperanza en un mundo mejor.

Juan MÚJICA

*De la Academia  
Nacional de Historia  
del Perú*

---

## EL MISTERIO DEL VERBO Y «CRISTIANDAD»

En el Principio era el Verbo nos enseña el Evangelista. Pero ese Verbo que fue, es y permanece, se hizo carne en el tiempo y habitó entre nosotros. El Verbo da y dio testimonio del Padre. Conjugó su divinidad. Con Él y por Él puede la humanidad redimida quebrar la cárcel de su inmanencia y abrirse a la trascendencia divina. La palabra de Dios es operante. Lo es con dimensión de eternidad. Los cielos y la tierra pasarán, pero no la palabra de Dios. Y la tierra pasa, pero la enseñanza de Dios que nos habla por la revelación primitiva, por los profetas estremecidos, por su Hijo en quien se complace, no pasa. Pasan y se quiebran civilizaciones, sistemas políticos, económicos, militares. Se suceden técnicas. Se reemplazan hombres afanados y afanosos en puestos de comando. Se reagrupan estratos sociales. El hombre se proyecta en la Tierra y ahora hasta fuera de la Tierra. Pero donde quiera que esté y actúe, haga lo que hiciere, lleva consigo una doble carga de sentido. La religión a la suma realidad de Dios, que lo sostiene, y el uso de una libertad que lo muestra persona. El hombre necesita el interlocutor, que desde fuera se le muestra más próximo a él, que su misma carne y sangre. La vida del hombre no puede ser monólogo rabioso y exaltado, ni silencio que se quede en simple ausencia de voz. Es diálogo en el cual hablamos con el Verbo.

El Verbo que fue y es y será, ha quedado en la Iglesia y en sus obras. Queda en la palabra que se pronuncia en la Cátedra de Pedro y desde las sillas episcopales. Y queda en la voz de todos aquellos que en comunión perfecta e integral con la única y verdadera Iglesia expresan a través de todas las posibles modalidades, pero con una esencial fidelidad, la enseñanza divina. El dogma operando sobre una circunstancia histórica, fertilizándola, cargándola de significado y peso, suscita

una cultura. De las apretadas verdades primeras se desgranar al roce con la realidad concreta, consecuencias e inferencias cuyo objeto capital es mostrar en todas las cosas el rostro y la voz de Cristo.

Entiendo a "Cristiandad" como una expresión del profundo misterio del Verbo de Dios. Fiel a una verdad que sabe perfecta, acuciosa por iluminar con ella cambiantes realidades. La palabra de Dios resuena en sus páginas. En el comentario del texto bíblico, en las alocuciones, encíclicas y documentos. En la reseña filosófica, histórica y literaria. En esa zona donde el dogma inspira un criterio y suscita una conducta. Veo en "Cristiandad" que cumple ahora veinte años de ejemplar testimonio una aspiración a la fidelidad perfecta. "Cristiandad", siente con la Iglesia. Siente con la jerarquía y unida a ella. Siente con los Santos cuyas obras nos expone. Siente con María, dechado de todas las gracias y primicia de la Creación entera. Siente con el Verbo y con el Espíritu Santo. Refleja sapiencia y amor. Amor ordenado ya que de la sabiduría viene. Saber amoroso ya que lo suscita el Espíritu. A un público que cree y que quiere creer. Que ama y quiere amar, "Cristiandad" acerca un alimento indefectible. Lo acerca en formas y aspectos diversos, pero en una sola sustancia última. "Cristiandad" alimenta a través de la persona y la enseñanza del único que posee el privilegio de pronunciar sobre la marcha inexorable del tiempo, palabras decisivas de Vida Entera.

Juan Miguel BARGALLÓ CIRIO

*Profesor de Derecho Político  
de la Universidad Católica  
Santa María de Buenos Aires*

## ARCHIDIOCESIS DE LA SERENA

(Chile)

Casilla, 7 - N. 20.966/64

La Serena (Chile), 10 de abril de 1964

Sr. D. Fernando Serrano  
Director de "CRISTIANDAD"  
BARCELONA

*Muy estimado señor:*

No puedo menos de enviarle estas líneas para felicitar a esa Revista y a su redactor que, sobre la firma F. B. S. escribe el magnífico artículo "Los puntos sobre las íes". Era muy necesario, porque se están diciendo tales cosas en torno al Concilio que confunden las inteligencias, perturban el criterio y terminarán por adormecer la Fe.

En este deseo, muy noble, muy cristiano, de propiciar la unión con los hermanos separados, no hay que olvidar que no fue la Iglesia Católica, Apostólica y Romana la que se separó de ellos, sino que fueron ellos los que, desgraciadamente, la abandonaron. Y parece increíble que esto se olvide y que, en cierto modo, se busque en no pocas cosas, querer parecernos a ellos. ¿No hay algo de eso en querer como disimular la devoción a la Santísima Virgen? ¡De qué distinto modo actúa nuestro Santísimo Padre el Papa que no pierde ocasión de exaltarla!

Perdone este arranque de quien sólo ha querido mostrar una vez más su adhesión a la gran Revista que usted dirige y a quien saluda muy atenta y cordialmente S. Afmo. servidor y capellán

† ALFREDO CIFUENTES G.  
Arzobispo de La Serena

## EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS

(Editorial)

Dirección caligráfica ECAMEN

Apartado 668, SAN SALVADOR - EL SALVADOR, C. A.

El Salvador 8 abril 1964

R. P. Francisco Segura, S. I.  
Lauria, 15, BARCELONA

*Muy amado en Cristo Padre: Acabando de recibir "Las Esperanzas de la Iglesia" y "San José en el Canon y en el Concilio", me apresuro a darle las gracias por el envío.*

*Aprovecho la ocasión de felicitarles por el trabajo orientador genuinamente tal para los católicos que desde su fundación está llevando a cabo "CRISTIANDAD" en medio de tanta gente amiga de novedades sin la debida cautela que reclaman los tiempos.*

*En el número de febrero he leído entre otros artículos bien actuales por su orientación, el dedicado al nuevo Denzinger...*

*Encomendándome en ss. SS. y oo.*

SANTIAGO GARRIDO, S. J.

## VEINTE AÑOS, CUARENTA AÑOS

### El Padre Orlandis

Habíamos comenzado con él, casi de niños.

Desde antes de 1924. En plena postguerra. Recién cancelada la I Contienda mundial.

Lo hemos comentado en recientes conferencias de "Schola". Aquellos tiempos tuvieron trascendencia cual ninguno. Sin duda — cada vez lo vemos más claro —, el cambio más profundo y definitivo que haya dado jamás el Mundo, fue en ocasión de la I Gran Guerra, inmensamente más densa y trascendental que la II, la cual, con ser tan tremenda, no fue más que la consecuencia, y que el eco corregido y aumentado de aquélla. No en vano la misteriosa aparición de Fátima tuvo lugar en el año crucial de 1917, el año histórico en que triunfan todas las subversiones: el comunismo ruso, y el triunfo del americanismo. Con el tiempo, la Historia nos demostrará que, año como éste, no ha existido en todo lo largo de nuestros dos milenios: ni aun cuando cayeron los Imperios romanos de Occidente y de Oriente. Ni aun el propio 1789, el de la Revolución francesa.

### «Y aquí, nuestro Padre, nos habla de las cosas de Dios»

Relicario de amor, flor de piedad, sean estas líneas, ante todo, homenaje a aquél a quien tanto debemos.

Existe en Roma, en la apacible colina donde se sienta la Villa Celimontana, cabe venerables basílicas de los primeros siglos cristianos, un jardín. Bajo unos cipreses, en punto recoleto desde donde se goza permanentemente de una visión serena de la Urbe en las tardes de primavera, se halla un banco de piedra. Y, sobre él, una mano piadosa colocó una lápida: "Es este lugar, San Felipe Neri hablaba a sus discípulo de las cosas de Dios".

A la debida distancia, pero del mismo modo, osaríamos nosotros, colocar en más de un punto, un recuerdo análogo que nos dijese asimismo: "En este lugar, nuestro Padre Orlandis, nos hablaba de las cosas de Dios".

\* \* \*

Al Padre acudíamos, en aquellos años para nosotros juveniles y llenos de promesas, y fue entonces cuando él comenzó, *sub specie aeternitatis*, a enseñarnos y mostrarnos los caminos de la Providencia.

No es cuestión, aquí, de repetir ni de inventariar aquella formidable conjunción de genio intelectual y de piedad cristiana que informaba la persona de nuestro Padre espi-

ritual. Conocida es de todos, objeto permanente de nuestros recuerdos, de nuestras conferencias en "Schola Cordis Jesu" y de nuestros trabajos en CRISTIANDAD, coronados éstos, especialmente, en el número que dedicamos a su memoria en septiembre de 1958 (núm. 331 - año XV) en ocasión de su fallecimiento, y al reanudarse nuestra publicación.

Puntales y objetivos de su pensamiento de águila: la Filosofía de Santo Tomás, la Escriturística, la "Teología de la Historia" (su propia creación genial) no como lucubración muy erudita, pero al fin y al cabo estéril, sino como escenario y preparación del Reinado de Jesucristo. Y, en un plano superior aún, en el propiamente sobrenatural: la herencia del Padre Ramière, la escuela de Santa Teresa del Niño Jesús, la Devoción al Corazón de Cristo.

Y fueron veinte los años de deliciosa comunión espiritual con el maestro.

### «Sub specie aeternitatis...»

¡Cuántos recuerdos nos acuden de aquella época fecunda!

Primero, fue nuestra vocación.

Aun cuando a distancia infinita, su invitación parecía recordar la de Jesús. "Sígueme". Y él no hacía distinción de personas. A menudo atraía jóvenes, incluso, entre los inadaptados o insatisfechos. Porque, también la misma infinita distancia, sus palabras tenían algún eco de las de vida eterna...

Le seguíamos y escuchábamos. Y no éramos solos. Recordamos a una buena viejecita del Apostolado, que nos decía cuando el Padre fue nombrado Director del mismo: "¡Ens han posat un Director més savi...!". También hemos recordado alguna vez, en aquellos tiempos, su singular aire, su parecido físico al Pontífice glorioso y enérgico que en aquel entonces acometía el rejuvenecimiento de la Ciudad Santa, bajo la égida y la bandera de Cristo Rey: Pío XI, "Fides Intrepida". En nuestra mente, aun entonces algo infantil, se conjugaban las dos figuras. En nuestro padre creíamos ver una imagen de aquel otro Padre, mayor aún: el mismo Papa.

Le seguíamos y le escuchábamos. Allí comenzamos a oír y a comprender que la Historia tiene un sentido, que la Providencia tiene sus caminos y que Dios lo conduce todo hacia un fin...

Que no en vano el Espíritu se cierce sobre las aguas, de nuevo, como otrora lo hizo sobre el caos, según exclamaba De Maistre y nos lo recordaba, en páginas de

sublime y luminosa inspiración, Ramière, a quien acudíamos sedientos cual el ciervo a las frescas aguas.

Nos lo señalaba solemne, con la majestad cuasi profética que le caracterizaba, mas también serena y sosegadamente, ante la gran subversión que 1918 había traído a esta pobre y atormentada tierra...

Subversión en el arte: ya Picasso, resobado, y los "ismos" todos, eran entonces viejos, tan solo novedad, como ahora, para el "snob". Y el Padre nos denunciaba cómo había comenzado ya el culto a la fealdad.

Subversión en la ciencia: ya Einstein — y éste, trágicamente, de un modo genial y científicamente legítimo — lo había cambiado todo. Mas empezaba el culto a la duda, ¡hasta en las matemáticas!

Subversión en la Filosofía: ya revivían, como si fuesen cosa nueva, todas las viejas aberraciones del panteísmo. Y, en curiosa paradoja, la razón, después de haber sido hasta entonces divinizada, era ahora rebajada y prostituida. El neo-agnosticismo la negaba. Comenzaba la lucha contra toda certeza.

Subversión en la Política: el Liberalismo se había entronizado en Versalles, y en la Sociedad de las Naciones. Era el triunfo de la Democracia. Mas, signo propio de toda idolatría, iba a destrozarse a sí misma. Se iniciaban las Dictaduras: la fascista, la nazi, y, sobre todo, la soviética. Era la destrucción de todo cuanto tiene, de legítimo, la libertad.

Subversión en lo Social: el Liberalismo económico, y todas las demás formas artificiales de convivencia se agitaban bajo el vendaval de la Revolución y del Comunismo.

Subversión en lo Religioso: ya el Naturalismo crudo había sucedido al Liberalismo y todos estos caminos conducían a un solo fin: al Ateísmo universal.

### La gran prueba

La pobre España, entre tanto, entraba en unos años procelosos, recién caído el parche de una artificial Dictadura. Se liquidaba el ciclo de la Restauración.

Y vino la República. Ella trajo, en seguida, la disolución de la Compañía de Jesús. En Barcelona comenzaban años de lucha, años trágicos, que, sin embargo, iluminan y aureolan, heroicos, los resplandores de una figura: la del Obispo, de santa memoria, Doctor Irurita.

El mismo Obispo, el mismo Pastor, que luego, en una tarde inolvidable, desde las mismas catacumbas barcelonesas, queremos decir, desde su refugio en casa del mártir Sr. Tort, nos daba su último testamento y bendición. Se refería al Padre Orlandis. "Síganle ustedes siempre. Síganle, y escúchenle!"

Vino la República. El mundo se agitaba más y más. Aquellos dos hombres que, al principio, todos tomaron por locos — Hitler y Mussolini — preparaban el estallido mayor de todos los tiempos. Mas nuestro Padre nunca los tomó por tales. Cuando no eran más que simples cabezas de motín, él ya nos había augurado: "¡Estos

hombres dejarán un surco de sangre mayor que Napoleón!"

Día por día, "vivíamos" con nuestro Padre las noticias, así de fuera como de dentro. Disuelta la Compañía, la "pequeña" compañía" del Padre, en los años que precedieron a 1936, nos deparó, si cabe, una mayor intimidad con él. Fueron sus años de oro. Un poco bohemios, tan escasos de medios como ricos en doctrina, nos empapábamos en aquel impetuoso río acudiendo a su cenáculo otra vez, siquiera ésta ya más formados, que ya no éramos tan niños como cuando, por vez primera, sentimos su llamada.

### Y la época roja, en fin.

De ella diremos muy poco.

Porque la protección de Dios para con nuestro Padre fue tan visible, tan inverosímil incluso, que todo comentario sería impertinente. Esto habla por sí solo.

Aun y salido de la cárcel, se negó a salir de Barcelona, cosa que se hubiera ciertamente conseguido.

Se debía a sus ovejas. Especialmente a las que aquí quedaban.

Debía confiarles y procurarles a Jesús, bajo las especies eucarísticas, y, entonces, bajo la protección de cajitas de hojalata, y en plenas catacumbas.

Al fin y al cabo, por muy importante que fuera la Teología de la Historia — y necesario su consejo, quizá en Roma, quizá en otros centros mundiales —, llevar a Jesús a sus ovejas era mucho más importante.

### Renace la paz

1939 volvió a encontrarnos reunidos. Habíamos caído, a D. g., el temporal. Sólo faltaban dos, los dos mejores. Sus discípulos Planas y Anguera. Y el Padre nos dio una señal, ante los nuevos tiempos.

Con santa audacia, alargó el nombre, antes tan modesto, de "Schola."

En adelante se había de llamar "Schola Cordis Jesu". Con esto se dice todo.

Cumplía los veinte años.

Y fue entonces, o poco después, al conjuro de esta señal cuando nació nuestra Revista.

### «Cristiandad»

Llevando, consigo, algo como un signo de predestinación. Predestinación, digámoslo incluso humorísticamente, un tanto despreocupada. ¡Qué cosas tiene la Providencia! Es sabido que la primera idea de fundar una Revista nos vino en ocasión de habernos sido solicitada una como colaboración hacia un semanario infantil. En el fondo, no hay aquí ningún despropósito. CRISTIANDAD nunca ha sido — perfecta imitadora de Santa Teresa de



Jesús Niño —, si se mira bien, otra cosa que infantil. Porque si en lo humano no hemos llegado a más, en lo sobrenatural no nos contentamos con menos, porque bien sabemos que, si no nos hacemos como niños, nuestra labor será estéril. Jesucristo nos lo advirtió de una vez para siempre.

¡Qué cosas tiene la Providencia! Entre bromas y veras, sin ningún adalid propiamente dicho, la idea de la Revista cuajó. Y cuajó venida de arriba. El propio Padre Orlandis, su inspirador, decía, y era verdad, que no era su autor: de otra parte esta aseveración, que ahora quizá choque a algunos, no extrañará a quienes conocieron la despreocupación, la total falta de proselitismo humano, que caracterizaba a nuestro Padre, en su absoluto abandono santo. Mas, ante este caso de “generación espontánea” el Padre vio la mano de Dios. ¿No había luchado tanto, su venerado antecesor, el Padre Ramière, para lanzar una Revista auténtica, la Revista del Reinado de Nuestro Señor Jesucristo mediante la devoción a su Corazón divino?

He aquí que, lo que, pese a su formidable personalidad, pese a todas las ventajas de riqueza, de influencia intelectual que da todo cuanto se edita en Francia, lo que no pudo conseguir un Padre Ramière de resonancia universal, iba a conseguirse aquí, en una Barcelona, rincón entonces — 1944 — del mundo, en una España aislada y empobrecida por las guerras, carente de toda influencia mundial, publicación cuitada, y, para decirlo en forma más concreta, huérfana de suscripciones y de los más elementales medios de difusión.

#### «Ville Mystérieuse...»

En un momento de expansión, un día, cerca del Padre, le ponderábamos la feliz expresión de un escritor francés que calificaba, profundamente, a Santa Teresa del Niño Jesús, la Santa del Papa Pío XI, la Santa de nuestro Padre, como de “Fille mystérieuse”. Y he aquí que, de repente, el Padre se levanta como iluminado. Y, mostrándonos Barcelona, nos dice: “He aquí, y de otra manera, una ‘Ville mystérieuse’”.

Porque en ella, nuestro Padre — e insistía sobre este punto —, tenía la seguridad absoluta de que habían un día los tiempos de ver al Corazón divino, tal como anuncia la profecía del Padre Hoyos. Y en primer plano de la misma. Reinando, incluso dentro de la predestinada España, con mayor veneración aun si cabe.

Este dulce “leit motiv” del Padre nos ha quedado muy adentro. Poco importa que Barcelona, creciendo extraordinariamente, desarrollándose actualmente en unas proporciones relativas que no han conocido ni un São Paulo ni un Los Ángeles, haya, en cambio, perdido su categoría y su personalidad de gran ciudad para convertirse, tan sólo, en una ciudad muy grande, gris y amorfa. Sabemos que Dios jamás se arrepiente de sus promesas.

Un día — ya CRISTIANDAD tenía ocho años — la Providencia nos quiso dar uno como destello y prueba de que,

cuando Dios quiere, todo estalla. Como surgió la luz a su primer mandato, a su “Fiat”. Mandad, Señor, vuestro Espíritu, y todas las cosas vivirán. Y fue así que vimos, efectivamente, un día, la luz del Señor sobre la ciudad layetana. Y recordamos el vivo consuelo que ello produjo a nuestro Padre, ya por aquel entonces decadente, por edad, en su salud. Barcelona se iluminó, en 1952, con motivo del Congreso Eucarístico. Su homenaje a Jesús sacramentado fue sin precedentes en el mundo entero. Algo así como un santo escalofrío nos recorrió, haciéndonos atribuir a la Ciudad condal aquel “Levántate e ilumínate, oh Hija de Sión!!!”. Y vimos que las esperanzas de nuestro Padre eran fundadas.

Pocos años después le perdíamos para la tierra. Le ganábamos empero, pues estaba más cerca de nosotros que nunca. ¿No fue al mejor prueba aquella inesperada e inverosímil resurrección de CRISTIANDAD, tras el colapso de 1958, precisamente el año de su tránsito?

#### ¡¡Y ahora, veinte años!!

¿Qué diremos ante esta celebración?

Si hemos de ser sinceros, tendremos que reconocer, y precisamente para nuestra mayor confusión y reconocimiento, que esta Revista es una “Revista misteriosa” dentro de la misteriosa ciudad.

Quien no acierte a verlo, es que no conoce todas las peripecias y estrecheces de nuestra publicación, cuya pervivencia es humanamente tan inexplicable como lo fue su nacimiento espontáneo.

Es cierto que la Providencia nos ha favorecido, visiblemente, mandándonos Delegados suyos, llenos de generosa caridad: un Sáenz Díez, un Modolell (que habrán recibido su premio en el Cielo), un Minoves y otros también, cuya modestia no quisiéramos herir, incluyendo unos impresores magnánimos y paternales. Mas ni aún con tales beneméritos Delegados se explica lo que sólo puede hacer el dedo de Dios.

¡Qué aquellos que, investidos de autoridad y de influencia, tienen especial deber de observar, lo vean así!!!

Ante los tiempos duros que se avecinan: ¡qué responsabilidad la de negligir esta arma que es CRISTIANDAD, la Revista que el Padre Ramière soñó, que tanto hubiera querido tener para sí!!!

No hay otra más pobre si se atiende a los que formamos su redacción.

Pero en cambio no hay otra cuyo contenido — en aquello que, como misterioso maná, es caído del cielo — sea más rico.

Hay quien ha ponderado, quizá excesivamente, nuestros primeros números. Sí. Es verdad: son dignos de ser leídos. Mas, observadlos bien. Su valor literario no puede ser más modesto. Tienen un único mérito: su especial perfume. Porque era el “perfume” del Padre Orlandis, con su santa espontaneidad. El tema, la intención monográfica de cada número, aparentemente desordenados, deslabazados, ofrecen, sin embargo, un conjunto, una unidad maravillosa. Es vida auténtica.

Mejores han sido, después, los números de la época de plenitud. Y, ¿por qué? Precisamente porque cada vez había menos de nuestra cosecha y más de la eterna. Más de este enorme tesoro que constituyen las enseñanzas pontificias y los autorizados autores cristianos. Tanto fue así, que se nos achacó, y quizá no sin motivo, el mote de "Copiandad". Recuerdo que nuestro Padre, lejos de ofenderse, acogió este mote con humilde júbilo, por cuanto veía en ella la fidelidad de nuestra Revista a su símbolo: la campanita. "¡Clama, ne cesses!". ¡Una campanita, la nuestra, una de tantas de las alegres esquilas que en la Iglesia repican alegremente llamando a los hijos a acudir a la casa del Padre!

\* \* \*

Entre tanto, ¡veinte años! En este tiempo, el Mundo ha visto extenderse, lenta pero inexorablemente, entre traiciones y tropiezos, al Comunismo, antaño sólo patrimonio de Rusia, hoy, exactamente, de la mitad del Orbe, así en extensión como en población sobre todo. Ha visto, en cambio — no todo es negro en el balance —, brillar con nuevos resplandores el prestigio de la Iglesia. Ha oído las enseñanzas maravillosas del grande y sabio Pío XII. Y ha sentido la llamada paternal y tierna de aquel anciano inolvidable, genial artífice del Concilio, con su personal magnetismo sin precedentes: Juan XXIII. ¿Qué hubiera dicho, de él, el Padre Orlandis? El pueblo, que también tiene su corazoncito, ya lo tiene entronizado... Y, en fin, ha visto, quizá como nunca, revivir a Pedro en Paulo VI quien, por vez primera después de dos mil años, ha decidido volver. Volver a las mismas orillas del lago de Genezareth, donde quedó constituido en pescador de hombres, para escuchar, renovadas, las consignas de su adorado Maestro... y oír, otra vez de cerca, los latidos de su Corazón. Que, dos mil años después, ha querido mostrarse a los hombres, a través de Paray, más a lo vivo aún, si cabe, que lo que hizo durante su mortal vida...

De nuevo Jesús le ha preguntado a Pedro, en las orillas del mismo lago, "si le amaba más que éstos". Y esta vez Pedro, por boca de Paulo VI, habrá podido añadir que, dos mil años después, y por la vía de aquella pobre monjita de la Borgoña, conoce, si cabe, mayores secretos de amor aún. Aquellos que aquel gran Corazón reservaba para "los últimos tiempos".

«... Amb ànsies tempestuoses idolatrà el delit...»

En ocasión de uno de sus memorables ejercicios, una vez, en Vallvidrera, en plena intimidad, el Padre nos anunció, con la santa naturalidad del que da una cita no lejana, que nos esperaría, en su día, en la puerta del Cielo. Esto se habrá cumplido, ciertamente, para nuestros mejores compañeros, para Sáenz Díez, para Modolell, para Peyra. ¿Qué pláticas de "Schola", allí en todo derecho "Schola Cordis Jesu", pues que se halla al lado del gran Corazón, el Padre dará a los suyos? ¡Con qué fervor nos imaginamos a nuestro Padre, a nuestros com-

pañeros, unidos a aquel coro santo que reclama a Dios (Apoc., 6-10 a 11) con impaciencia su reinado y su justicia, y a los que se les responde diciéndoles que descansan aún en paz durante el tiempo necesario para que se cumpla el número de cuantos han de ser testigos de Cristo! En la gloria, la personalidad individual no se extingue, y la de nuestro Padre pervivirá con aquellas inquietudes que tanta semejanza le daban a aquel otro gran paisano suyo, tan incomprendido en su tiempo también, Ramón Llull. Que ambos tenían mucho de común. Tanto, que nos permitimos atribuirle aquella estrofa de Costa y Llobera.

«Que sols passions immenses aquell gran cor nodria amb ansias tempestuosas idolatrà el delit!»

Ellos están cerca del Corazón de Cristo, y ellos, a duras penas, aún y en la gloria, reprimirán su impaciencia. No tenemos escrúpulo ante esta afirmación; puede parecer fuera de los cánones, mas Santa Teresa del Niño Jesús afirmaba que, por lo que a ella concernía, no quería conocer el descanso, allí en lo Alto, hasta tanto no estuviese completo el número de los elegidos. Y ellos son necesariamente así, porque son fieles soldados de Jesucristo. Y a éste, como exclama San Juan de la Cruz, le son necesarios, por cuanto le es infinitamente más útil un solo acto de puro amor que todas las obras del mundo reunidas. ¿Qué será la "utilidad", para Dios?

Ellos tienen y gozan de un divino observatorio, mayor que el del Monte Palomar de nuestra pobre tierra. Y ven, en tanto los soles determinan los tiempos, toda la gran partida de ajedrez que se juega en este bajo mundo, que sería tan sólo de dimensión de hormigas, si en él no hubiera dignado encarnarse el Hijo de Dios. Por esto todos nosotros, y la Historia, así como estos mismo astros materiales y las órbitas que inscriben en su carrera, vamos todos hacia un único fin: el de constituir, hasta en lo físico y en lo cósmico, un día la aureola grandiosa que rodeará la gloria de Jesucristo, Rey de toda la Creación y de la Obra de Dios. Y Jesucristo, con soberana majestad, tal como lo vemos, desde Barcelona, presidiendo nuestro homenaje que en su misericordia, acepta como soberano del amor.

«Las esperanzas de la Iglesia».

Y nuestra esperanza

Entre tanto nosotros, pobres viadores, nos aprestamos a remontar otros nuevos veinte años más de CRISTIANIDAD. E imitando a Eliseo, ¿cuál habrá de ser el nuevo espíritu que solicitemos de nuestro Elías?

¿Cuál habrá de ser, sino que nos conceda las virtudes necesarias, las primeras de todas las teologales? Mas, precisamente, al llegar aquí, queremos impetrar precisamente aquella que nos parece la más personal del Padre. La que quisiéramos constituyese su especial legado. Un legado, hasta ahora, poco gustado quizá.

# S. S. PIO XII

## BAJO CUYO PONTIFICADO NACIO «CRISTIANDAD»

¿Cuál será?

¿Será la Fe? No. Tengamos esta osadía de proclamarlo. Para nosotros los hombres de "Schola", los que escribimos, hombres de poca fe, sí que nos es necesario pedirla. Pero para la Revista, creemos poder afirmar, con santo atrevimiento, que este don ya le está concedido. Porque forma parte esencial de la misma. Sin ella, no hay Revista: es su médula. Dios no dejará flaquear este don, ya consumado. En nuestro número clave, el 73, del año 1947, nos ungió, con su bendición, su Prelado, y, bajo el signo de la Cruz, estampó de una vez para siempre:

*"Y no cederá un punto en su ortodoxia."*

¿Será la Virtud de las virtudes, la mayor, la Caridad? Quizá tampoco. Claro que la pedimos. Ella es la consumación de todo. En el Cielo, ella, gran Océano, absorberá las otras, como el Mar absorbe los más poderosos ríos. Mas esta Caridad tiene algo de consumación, de triunfo, de punto final. De ella vivimos y en ella crecemos, mas su plenitud definitiva sólo la hallaremos cuanto lleguemos, como el Padre nos prometió, a su cita en la puerta del Cielo.

¿Cuál será, pues, si no es propiamente la Fe ni aun la Caridad, el legado que pedimos a nuestro Elías?

\* \* \*

Este legado debe ser el de la segunda gran Virtud.

La menos conocida. Pero la más esencial en los "viajeros" que luchan en el tiempo.

La de nuestro Padre. La que era su alma, su aire vital. La Esperanza.

Significativamente. ¿Cuál ha sido, después de su muerte, la más destacada cosa realizada por nuestra Revista? Precisamente la edición de la obra en la que Orlandis se amamantó: "Las Esperanzas de la Iglesia" del ínclito Ramière, el gran Predecesor.

En aquel citado número clave 73, de 1947, aparece un artículo fundamental de nuestro Padre. "¿Somos pesimistas?", en el que afirma su "Optimismo nuclear" en tanto da la definición de lo que es su "Teología de la



Historia". Y es un escrito lleno de sobrenatural y joven alegría. Es un artículo de quien cree y ama, y que, por tanto y entretanto, espera.

Todo, en Orlandis, fue concatenado, vital e informado de unidad. Precisamente por cuanto su alma y su vida lo constituyó la escuela de Santa Teresa del Niño Jesús — los latidos de aquella Santa que aspiraba a ser "Le Coeur de l'Eglise" — precisamente por esto, es que nos dio a conocer que la virtud de la Humildad es una sola cosa con la virtud de la Esperanza.

CRISTIANDAD por tanto debe ser la Revista de la Esperanza humilde y de la Humildad esperanzada. Que confía en aquella suprema promesa: "Reinaré, a pesar de mis enemigos". Y cuyo lema es éste: "Venga a nos el tu Reino".

La Esperanza, virtud la más desconocida de nuestros tiempos: y que no nos fallará, porque, a nuestra vez, esperamos que se nos conceda. Aquí la redundancia es justificada. Humildemente — una vez más todo es lo mismo — esperamos la Esperanza. Y ya, prenda de la misma, que ella no fue vana, la tenemos en los momentos presentes, cuando un Juan XXIII y un Paulo VI nos inundan con ríos impetuosos que alegran la Ciudad de Dios.

Y nos refuerzan para próximos y más duros combates. Porque nuestro optimismo no debe ofuscarnos. Negros nubarrones se ciernen; mas el Capitán divino no nos dejará, ni aun ante una nueva invasión de las tinieblas. Siempre resuena su omnipotente aliento: "Mas no temáis; que Yo ya he vencido al mundo". Porque la figura del príncipe de este mundo pasará, y su gloria se convertirá en nada.

Y, como que sabemos esto de antemano, con el divino auxilio, esperaremos, si es necesario, contra toda esperanza.

LUIS CREUS VIDAL

# LOS AÑOS PASADOS

(Diálogo nuevo de árboles viejos)

*Aparecen de nuevo en estas páginas dos viejos y poco importantes personajes. Tan viejos, que nuestros lectores más jóvenes, que, gracias a Dios, sí que los tiene "Cristiandad", no pueden haberlos conocido. Y tan poco importantes que nuestros lectores menos jóvenes, que por fortuna nadie duda de que los tengamos, no tienen por qué acordarse de ellos.*

*Podemos, pues, presentarlos de nuevo: una reposición con honores de estreno que diría un crítico teatral. Nuestros personajes, por una casualidad, tienen nombre de árbol y desde luego son considerados como buenos católicos aunque cada uno lo es un poco a su manera.*

*Antes de dejarlos hablar bien estará que sin sentar cátedra de botánicos digamos algo de los árboles que son conocidos por sus mismos nombres.*

*Nuestro fresno, al revés de muchos de sus congéneres, vive solitario, a media loma, donde destaca sobre la pradera. Mira siempre, erguido, al cielo y aunque se sabe de él que es planta fanerógama, no da fruto digno de mención. En el fondo del valle, entre los cultivos, vive el manzano. Perteneció al género "malus" que no significa precisamente malo, pero que se presta a molestos juegos de palabras. Sus perfumados frutos, manzanas de las llamadas del "cirio", le dan un cierto olor de santidad, muy discutido por cierto por los campesinos que le acusan, y vaya usted a saber con qué razón, de que para medrar disminuye la fertilidad de la tierra que le rodea.*

*Ni el fresno es de bosque, ni el manzano es de huerta. Pero los dos personajes, hace ya casi veinte años, se hicieron amigos, y ni yo mismo sé el por qué.*

*Hoy los vuelvo a encontrar y de momento casi no los he reconocido: tan envejecidos estaban.*

*Ellos, sin embargo, se deben haber visto con frecuencia: la prueba está en que se tutean. ¿O será un signo de los tiempos? Lo que sí es curioso es que, ellos, que habían sido personas tan dinámicas, hayan coincidido en la exposición de la Asociación Ornitológica.*

*A media mañana de un soleado día de febrero sorprendemos pues su diálogo en el ático de unos almacenes situados en la Plaza de Cataluña. Ambos están absorbidos en la contemplación de un hermoso Astrild granate.*

FRESNO. — Qué sorpresa verte aquí, amigo Manzano. Yo hubiese dicho que a estas horas tenías que estar en la oficina.

MANZANO. — No creo que puedas reñirme porque ciertamente a esta hora tienes clase. A esto se llama hacer novillos. (Ríen.)

F. — Pues no, y siento sorprender tu mala fe. Has de

saber que según inventos modernos hay asignaturas cuatrimestrales y como los cuatrimestres escolares tienen menos precisión que los astronómicos, resulta que ahora hemos terminado el primer cuatrimestre sin haber empezado el segundo, y de ello se sigue que a esta hora, por excepción, hoy no tengo clase.

M. — Gracias por la explicación que vale por lo menos para que yo te dé la mía. (Con tristeza.) Has de saber tú, que ya no tengo horas fijadas de oficina. Según dicen me han ascendido.

F. — Lo que en los Estados Unidos se llama el "kick up".

M. — No exactamente. Mis sobrinos, los hijos de mis hermanas, son ahora gerentes. Tenemos tres gerentes y son los que mandan, o, como se dice ahora, sólo a ellos están encomendadas las funciones ejecutivas. Yo soy Presidente del Consejo y además Asesor Técnico de los gerentes, lo cual quiere decir que ellos tienen el derecho de consultarme... cuando me necesiten.

F. — ¿Y te necesitan con frecuencia?

M. — Casi nunca.

F. — Pero en cambio tienes la deliciosa libertad de aprovechar la mañana viendo los pájaros. Yo si no hubiese sido por los cuatrimestres no hubiese podido venir. ¡Créeme que te envidio de veras!

M. — Lo malo es que para mirar los pájaros me pagan un tercio de lo que cobraba para llevar la casa, bueno, ahora lo llaman dirigir la empresa.

Y además me salen gastos. Ya me conoces, yo antes no gastaba nada para mí. Del despacho al tren, del tren al Ministerio y otra vez a casa. Si alguna vez echaba una canita al aire era desde luego para invitar a alguien y todo lo cargaba a gastos generales.

Ahora no tengo nada que hacer en todo el santo día y cada vez que me muevo gasto algo. Y suerte que aún no he cogido ninguna afición, bueno ahora lo llaman "hobby", porque entonces sería horroroso. Aquí en esta exposición debe haber pocos pájaros que cuesten menos de diez mil pesetas. Y luego el mantenerlos. ¿Sabes lo que te cobran por cada gramo de huevos de hormiga?

F. — Sí, ya sé que el coste de vida sube constantemente, pero felices los que os preocupáis del precio de los huevos de hormiga.

M. — Pues no creas, ahora apenas debo ganar tres veces lo que ganas tú.

F. — Comparado con las treinta veces de hace veinte años me parece cruel para ti. Olvidas, sin embargo, la diferencia de que a ti te dan tu salario para que no trabajes y, en cambio, a mí me lo dan...

M. — Porque suponen que trabajas.

F. — Y suponen bien.

M. — Libreme Dios de decir lo contrario. Pero lo triste es que a mí me lo dan como tú has dicho muy bien para que no trabaje. Claro, como que hay Ministros que van diciendo por ahí que es la juventud quién tiene que mandar, pues a los jóvenes les gusta mucho crearlo... y ya ves lo que pasa. ¿Tú que opinas?

F. — Pues lamento decirte que creo que cuando un Ministro habla así tiene razón en más de un aspecto.

Lo que pasa es que la razón de los Ministros no es nunca una razón absoluta como la de los Evangelios. Los Ministros son políticos, y por ello dicen en cada momento lo que es más oportuno decir.

Hoy, por ejemplo, te dice que deben mandar los hombres de cuarenta años y a mi juicio tiene razón y a lo mejor dentro de veinte años más, y tú que lo veas, dirá que deben mandar los hombres de sesenta y seguirá teniendo razón.

Tu error está en que no te das cuenta de que lo que dice el Ministro sólo es una verdad adecuada a ciertas circunstancias de lugar y tiempo. Basta abrir un periódico para ver que en el resto del mundo siguen siendo las personas de edad avanzada las que soportan las mayores responsabilidades: Adenauer es la regla y Kennedy fue sólo la excepción. Y aún en España en las actividades que no son de una trascendencia directamente económica se siguen aplicando los viejos y buenos cánones.

El consejo, casi el mandato, de que se deje el paso libre a la juventud no es una consigna de un fundamento endocrinológico; es meramente una consigna política.

Durante muchos años, vosotros, los burgueses...

M. — Ahora los llaman empresarios.

F. — Como antes os llamaban patronos; los burgueses, digo, luchasteis con la indiferencia de los gobiernos para dar un poco de savia económica al país.

De pronto, se desvanecieron la inercia y la apatía de la "Gaceta de Madrid" y apareció en su lugar un "Boletín Oficial del Estado" prolijo y entrometido.

Durante veinte años, lo primero que teníamos que hacer todos los españoles cada mañana era echar un vistazo al B. O. y así nos enterábamos de cuánto íbamos a ganar aquel día, a qué precio debíamos comprar nuestras primeras materias, y cuánto valían nuestros productos.

M. — Advierto algún sarcasmo en tus palabras, pero a mí éste es el régimen que me parece más justo. Todos estábamos en las mismas condiciones y todos teníamos las mismas oportunidades.

F. — Déjame seguir, por favor. También sabíais entonces de quién convenía ser amigo para obtener un permiso de importación y, lo que era más importante, para que no lo obtuvieran vuestros competidores. No han pasado tantos años como para que hayas olvidado la época en que al hablar de números rojos pensabas más en el Ministerio de Comercio que en la cuenta del Banco.

De pronto un buen día amaneció una noticia sensacional: había libertad económica.

Parecía hecho a propósito para desorientar. La primera reacción fue unánime: ir a Madrid a visitar a alguna "very important person", o por lo menos a este amigo que todos tenemos en algún Ministerio, y preguntarle qué es lo que uno está obligado a hacer cuando se dice que hay libertad.

M. — Lo explicas todo a tu manera. Has reconocido que la noticia era para desorientar al más pintado. A mí me parece natural que ante una política tan radicalmente distinta se juzgasen útiles los cambios de impresiones con personas autorizadas, o, como se dice ahora, se procurase iniciar el diálogo entre la Administración y los administrados.

F. — Desde luego que sí, hombre, desde luego que sí. Y aún añadiré que el Boletín Oficial (que por cierto ya vuelve a lucir el nombre de "Gaceta de Madrid") nos tenía acostumbrados a un sín número de habilidades que tendían con poca fortuna a evitar que sobre el propio tejado del Estado cayese parte de las piedras que él mismo lanzaba, puesto que las modificaciones eran siempre aumentar y los contratistas justificaban con frecuencia revisiones de precios que cargaban al Erario más de lo previsto.

Bien; el caso es que todo el mundo fue a Madrid a preguntar qué era lo que debía hacer o por lo menos a pedir medidas complementarias que evitasen los muchos males que se seguirían de un exceso de libertad.

Y aquí viene lo que intento explicar. El sistema pedagógico del Gobierno que diferente según el tamaño de la empresa o la importancia del sector.

La gente menuda obtuvo muy pocas explicaciones y a lo sumo se le dijo que hiciese lo que le diese la gana. Y así en plazo breve éstos se enteraron de lo que significaba la palabra "libertad". Y en su uso, unos acertaron y triunfaron y otros erraron y desaparecieron.

Pero con los más importantes, el Gobierno usó de una desmedida cortesía. En aquellos tresillos que hay en los despachos de las V. I. P. se desarrollaron con lentitud cursos de muchas horas al día sobre el tema de la libertad. Algunos de los alumnos llegaron a entender lo que era la libertad para ellos mismos, pero muy pocos admitieron que sus clientes, sus obreros y sus competidores pudiesen disfrutar de tan peligroso beneficio.

Y he aquí que a los cinco años, y ha sido mucha su paciencia, la V. I. P. se levanta de mal humor para interrumpir las lecciones. Iba a decir: "Lo que pasa es que usted es tonto". Pero cree más adecuado decir: "Lo que pasa es que usted es viejo".

Es decir: se os acusa de viejos porque se cree, y acaso con razón, que después de haber trabajado durante veinte años con las ideas que entonces tenía el Gobierno no tenéis ahora la agilidad mental suficiente para trabajar con las ideas que el Gobierno tiene actualmente.

M. — O sea, que estamos casi como hace un siglo que cuando cambiaba el Gobierno quedaban cesantes los guardias municipales.

F. — No exageres. Más cierto sería decir que la culpa la tenéis los que enorgulleciéndoos de vuestra autodi-

dactismo no habéis querido completar vuestra formación.

Se dice ahora que hemos dorado con el nombre de experiencia lo que por desgracia no es más que rutina y como afirmación de carácter histórico esta afirmación es con gran frecuencia ajustada a la verdad.

Y esta situación no sólo es mala en sí sino que acaso de ella se seguirá que muchas gentes crean que no ha tenido nunca valor la experiencia y que ésta es siempre mala por no ser más que rutina.

Ello será a su vez otro mal porque no es cierto que por ley natural tengamos que elegir entre jóvenes preparados y viejos anticuados; cuando éste es el dilema, la elección no es dudosa, pero el ideal sería poder encontrar personas que reuniesen a la vez experiencia y preparación.

M. — Dispensa, pero no me has convencido; para mí la culpa de todo la tiene la ciencia. La ciencia ha dejado a los negocios hechos un asquito.

Antes con una buena contabilidad y como máximo un par de gráficos o un mapa con unos alfileres de colores y desde luego con seso (*se palmea ostentosamente la frente*) se iba hacia adelante.

Ahora coges una revista y ni la entiendes. ¡Y mis sobrinos! Yo con sólo la Teneduría me lo he hecho todo y en cambio ellos, cada uno tiene su carrera; pero no les basta: luego cursillos: Psicología de grupos, Marketing, Teoría matemática de juegos... es absurdo. ¿Quieres algo más repugnante que el que un honesto hombre de negocios tenga que enterarse de que existe una justificación matemática del "farol" en el "póker"?

Es la ciencia la que tiene la culpa, amigo Fresno. Y conste que soy benévolo cuando hablo de ciencia, porque yo llego a pensar que todo es cuento.

F. — No eres benévolo amigo Manzano. Al contrario, estás irritado: esto es todo.

Hay ciencia y si hay ciencia algo de cuento puede haber. Sólo las grandes Verdades: la Vida, la Muerte, el Pecado, la Redención y pocas más aparecen ante nosotros sin cuento. Todo lo humano tiene un poco de cuento.

Mejor habrías hecho siendo más humilde y yendo tú también a los cursillos, o por lo menos dándolos que es otra manera de aprender.

Yo, por ejemplo, estoy explicando asignaturas que no existían cuando hice las oposiciones: no todo es cuento; esto es esfuerzo. Y no quieras saber a cuánto suben mis ingresos con los emolumentos, gratificaciones, acumulaciones, ayuda familiar, obvencionales y plena dedicación.

El caso es que durante estos veinte años el mundo ha cambiado mucho y en muchas cosas.

M. — En esto llevas razón: qué gran invento es la televisión.

F. — Y qué me dices de la gran facilidad que suponen para nuestra vida espiritual las misas vespertinas.

M. — Es que han cambiado tantas cosas. ¿Te has fijado, por ejemplo, en el tremendo descenso que ha experimentado el prestigio social del pollo? Antes, un "poulet de grain"...

*Y el resto del diálogo se perdió entre los visitantes de la exposición.*

FRÁXINUS EXCELSIOR



# SIN IDEAL

Todos sabemos que el problema de la enseñanza y el de la educación permanece abierto; no sólo eso, sino que sigue planteándose enconadamente. Hasta en los periódicos.

Hay polémicas acerca de los horarios, de las vacaciones, de los exámenes, de los deberes, del gamberrismo de los jóvenes, del desinterés de los padres, etc., etc.

Lo cierto es que el problema se debate en un clima de gran confusión. El hombre de la calle, normalmente "los padres de familia" para salvarse de tan extraordinaria desorientación, acaban agarrándose a una tesis simplista, defendida ingenuamente como profunda convicción. Para éste sólo se trata de cambiar al Ministro; para aquél, en cambio, la solución estriba en dotar a las instituciones escolares de un buen laboratorio de química.

También para el "entendido" el enfrentamiento con el problema comporta un peligro: el de querer evadirse de esa confusa situación refugiándose en "teorías generales". Lo cual es el medio más cómodo de debatirse interminablemente con la dificultad.

El hombre de la calle tiene sus convicciones; el "teórico" posee la certeza que le otorgan sus principios. Pero el problema de la educación sigue sin resolverse. ¿Será porque ni al ciudadano corriente ni al "teórico" le hacen maldito el caso los políticos? Quien sabe.

Se podrá decir, y vamos a decirlo, que hay otro personaje en esta historia desgraciada; por ejemplo el "sacrificado" maestro, quien, por otra parte, está siempre corriendo el riesgo de convertirse en hombre de la calle, en padre de familia, en "teórico", o simplemente en político.

La mayoría de las veces todos los demás forman un frente común contra el "teórico" acusándole de no tener en cuenta los hechos. El inconveniente radica en que los hechos requieren una interpretación y ésta no es posible sin tener a la base una hipótesis o teoría.

La componenda de estos factores no origina sin más la ciencia positiva; se requiere la comprobación de la hipótesis por medio, otra vez, de los hechos.

Hoy vivimos la idolatría de la ciencia positiva, la idolatría de los hechos; aunque haya hechos y hechos. En todo caso incluso el "teórico" quisiera situarse ante los hechos.

En nuestro tema, seguramente entendemos por "los hechos" los malos resultados que la enseñanza y la educación actuales nos están deparando. Unos se quejan de unas cosas; otros se lamentan de otras distintas. Quiénes juzgan escasísima la formación científica de la juventud; quiénes consideran insuficiente su formación literaria;

quiénes valoran casi como nula la educación moral y religiosa.

Como causas del mal se señalan otros hechos: los edificios escolares serían deficientes o inexistentes; los horarios recargados o mal distribuidos; los programas, descabellados; y así sucesivamente.

Nos parece que la confusión arrancaríamos de algo que en sí constituye un hecho más, a saber, del hecho de que todos tienen razón, o por lo menos, sus razones. Cualquiera pudiera aportar abrumadoras pruebas de que las instalaciones, los horarios, las vacaciones, los programas, los maestros, los exámenes, etc., etc., son así o así, o sea lamentables.

Sin embargo, hay aquí probablemente como una cortina de humo que enturbia la atmósfera en la que se plantea el problema. No sabríamos decir quién pretende confundir las cosas, ni tampoco por qué lo pretende. Una especie de hipocresía imponen las circunstancias de ciertas situaciones culturales, sociales, políticas, etc. Factores que aparecen como positivos y beneficiosos, ocultan un potencial de signo negativo o destructor. Detrás de las apariencias se esconde algo sutil y subrepticamente nefasto, no cabe duda.

En resumen; la gente dirige su atención — o se la dirigen — hacia aspectos realmente insignificantes del problema, sin caer en la cuenta del fondo de la cuestión.

Decíamos que todo el mundo pretende advertir que los elementos básicos de la enseñanza y de la educación son defectuosos porque no proporcionan buenos resultados. Parece que esto es mucho suponer, pero aceptémoslo así, puesto que así lo quiere quizá la gran mayoría.

¿Pero estamos seguros de que no hay más hechos que éstos?

¿No es un hecho, también, el desinterés del maestro, del legislador, del político, del padre de familia?

Es evidente que esta interrogación resulta en sí misma un atrevimiento inaudito, una temeridad. Si se la planteamos a un maestro, a un político, a un padre de familia, si hacemos unas encuestas, quedaremos totalmente desconcertados; mejor diríamos, *confusos*.

Sus razones, sus argumentos, en una palabra, su justificación será tan convincente que nos conducirá a un callejón sin salida. Habremos perdido nuestra brújula intelectual y no sabremos cómo orientar nuestra propia comprensión del problema, ni hacia dónde echar a andar.

A pesar de ello, recuperados de nuestra perplejidad, uno retorna inexorablemente a la hipótesis del desinterés. Claro está que es una hipótesis. En realidad esa hipóte-

sis viene luego comprobada por algunos hechos positivos, es decir, por una serie de situaciones puestas ahí, delante de nuestros propios ojos.

Detrás de las inhibiciones del legislador, del maestro, del padre de familia y de los estamentos representativos de la sociedad habrá que suponer, nos guste o no, un fatal desinterés por la enseñanza y la educación, no en éste o en aquél, sino en todos. (Del mismo modo como la estatura media del barcelonés de 20 años se puede saber, sin que por ello sepamos la de un determinado barcelonés de esa edad.)

Nos consta que tal afirmación es un poco fuerte. Mucho más cómodo y menos comprometido sería, desde luego, limitarse a denunciar errores. Y en esto se halla metida, ingenuamente engañada, nuestra sociedad. Entonces, en cualquier tertulia de café, o lugar más apropiado, eso poco importa, unos suprimirían esto y otros añadirían aquéllo; es lo de "si yo mandase..."; en definitiva, nada entre dos platos.

El interés por una tarea no se puede improvisar. Lo saben perfectamente, por ejemplo, el padre de familia o el maestro al final de sus estériles, por artificiales, esfuerzos encaminados a hacer estudiar a un chico que no tiene ningún interés por ello.

La falta de interés en la educación se traduciría inevitablemente en todos los defectos que a ésta se le achacan; mas eso es una consecuencia lógica; lo que uno se pregunta se refiere al interés o desinterés mismo. ¿Existe realmente aquella inhibición o despreocupación denunciada? ¿No es absurdo achacar desinterés al padre de familia, pongamos por caso? ¿Y al maestro?, etc.

Por lo pronto habría que recordar lo dicho hace un instante: no se habla de casos particulares, sino de generalidades. (Esto es muy importante: un país no es culto porque tenga una "élite" verdaderamente culta.)

En segundo lugar, es necesario aclarar que ciertos intereses superficiales, enfáticamente anunciados, no hacen más que intentar disimular la ausencia de un interés verdadero. Así el encubrimiento de nuestra irremediable ausencia de la cuestión cuando insistimos en que es "muy interesante" o en que "nos ha interesado mucho" la conferencia, el invento, la teoría, la actividad, el libro, el artículo, etc., de nuestro interlocutor. Aunque inevitable quizá, es mero fingimiento la mayoría de las veces.

En tercer lugar, el interés verdadero arrostra todos los obstáculos; el padre de familia, el maestro, etc., no los arrostran, sino bajo ciertas condiciones, es decir, mientras no les perturben su vida misma egoístamente considerada.

En cuarto lugar, para que exista interés por algo, se requiere la fe. Mucha gente no cree sinceramente en la educación.

Estos son hechos, hechos que están a la luz del día. Como es un hecho el resultado sorprendente, asombroso,

de ciertos exámenes que forzosamente ha de conducir no ya a sospechar, si no a comprobar como un hecho aquella falta de interés. Uno desearía que le explicasen a qué pueda ser debido que un 95 por 100 de alumnos, de malos alumnos si se quiere, no sepan en nuestro país, donde tanto se insiste aparentemente en el tema de la espiritualidad, en qué consiste la espiritualidad misma del alma humana.

No podemos quedarnos en una más prolija enumeración de los hechos. Existe esa despreocupación, esa inhibición, ese desinterés, en grado mayor o menor, pero existe.

En consecuencia, vamos a hacernos otra pregunta que se está formulando "in mente" todo posible lector de estas líneas. ¿Por qué se da ese desinterés? ¿Por qué la falta de fe en la educación?

Sin mayor esfuerzo pudieran señalarse dos causas, cuya explanación nos llevaría demasiado lejos, pero que hemos de señalar por lo menos.

La primera es quizá de menor importancia que la segunda; consistiría en la subsiguiente desmoralización a un enfoque habitual y denodadamente falseado del problema de la educación, sobre todo de sus bases fundamentales; con lo cual los resultados de la enseñanza y de la educación suelen ser deficientes. Por lo menos, así lo juzga casi todo el mundo.

Para referirnos a la segunda es imprescindible ahora trasponer los términos de esta cuestión a un plano más elevado, donde alcancen un significado trascendente respecto de otros aspectos de la existencia humana y se integren así en una visión global, sintética, totalizadora de ésta.

La expresión "falta de interés" se traduciría aquí por "carencia de ideal" o de "ideales". No hay interés en la educación, como no lo hay en la persecución de otros valores espirituales. Se empieza por no creer sinceramente en ellos; lo demás se da como consecuencia.

La orientación positivista de nuestras actividades, de nuestras instituciones, de nuestro mundo, ahoga las mejores posibilidades de que fructifique el "ideal". Esto quiere decir que la persona suele obrar más por motivos oscuros e "inconfesables", que guiada por fines luminosos y "ejemplares".

Como estas cosas — independientemente de los que no creen en la educación — se trasladan del educador (maestro, padres, instituciones) al educando, podemos juzgar de la carencia de ideales de aquél, por la ausencia de ideales en éste.

A pesar de que no pretendíamos hablar de errores, la tentación es demasiado fuerte; digamos que constituye un lamentable error creer que una empresa pueda ser llevada adelante sin la auténtica vigencia de ideales y, en última instancia, sin la presencia del Ideal con mayúscula o Ideal-Fin último.

F. HERNANZ





## S. S. PAULO VI

BAJO CUYO PONTIFICADO  
«CRISTIANDAD» CUMPLE VEINTE AÑOS

### EL INFIMO COLABORADOR DEL PRIMER NUMERO

Cuando hace veinte años comenzó a salir *CRISTIANDAD* yo formaba parte de su "personal": era un chicuelo que llevaba y traía correspondencia, pegaba sellos y cosas por el estilo. Desde esa humildad colaboré en la aparición de su primer número.

Para mí el número en sí no tuvo ningún significado especial: ni entendía sus ideas, ni me interesaban. Sólo pude comprobar la pesadez de los paquetes en que se contenía. Y el interés que ponían en aquello unos cuantos señores.

Pero fue la ocasión de que comenzase a tratar al Padre Orlandis. Y esto sí que ha tenido para mí enorme trascendencia. Porque el P. Orlandis me enseñó a *ser hombre* en cristiano.

Él me hizo sentir que para ser cristiano hay que ser hombre, y que donde no hay hombre no puede haber cristiano. Por eso repetía muchas veces: "haced pensar", "haced pensar".

Y así pensando, pensando, me fui acercando a aquella Revista que de principio sólo había conocido por su peso. Comencé corrigiendo sus pruebas y seguí con algún que otro artículo anecdótico.

Hasta que, con la edad y con el ambiente, fui descubriendo el interés de aquellos señores del principio, y yo mismo me fui interesando.

El mundo de la historia, de la política, de la vida humana se me fue abriendo. "Buscad primero el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura" — me iba

repitiendo el P. Orlandis —. Y caía como agua de mayo sobre mi espíritu.

El Reino de Dios, el Reino de Cristo era un ideal. Y era un ideal de amor y de unidad. Era, más bien, *el ideal*.

Y con este ideal me llevó de la mano a través de la Historia y me hizo oír la Palabra de Dios en las Escrituras.

Y con este ideal fui conociendo a aquel grupo que inició la Revista. Realmente este ideal era la unidad para ellos, a pesar de sus diferentes ideas políticas y de sus ambientes distintos. Creían en el poder unificador de este ideal.

Reino de la justicia. Reino del Amor. Reino de Cristo.

La devoción al Corazón de Cristo, órgano humano del Amor divino, mantenía aquel clima de entusiasmo.

Ahora, al cabo de veinte años, cuando reflexiono en todo esto, me ratifico en todo lo que me enseñó el P. Orlandis. Creo que la fórmula "Al Reino de Cristo por la devoción a su divino Corazón", es la más adecuada a nuestros tiempos. ¡Lástima que a las veces se vea más la fórmula que el contenido!

Si hubiese de formular mis votos por *CRISTIANDAD* en su vigésimo aniversario, diría: ¡que continúe fiel a este ideal de unidad cristiana en el acatamiento de la Soberanía de Cristo, en la que caben todas las libertades legítimas!

El Reino de Cristo es la libertad máxima en la máxima unidad.

PABLO LÓPEZ

# FELIZ COINCIDENCIA

## Decíamos ayer...

Los escritores y los conferenciantes ya consagrados, para demostrar la continuidad de sus ideas a lo largo de los años, suelen utilizar las palabras de Fray Luis de León, "decíamos ayer...". Y en este veinte aniversario de *CRISTIANDAD* también nos gustaría poder usar estas palabras pero esto presenta una dificultad; no porque no exista una continuidad ideológica sino porque en el año 1944 el autor con sus cuatro años de edad pocas cosas podía decir y menos en una revista como esta. No obstante, *CRISTIANDAD* sí que puede escribir "decíamos ayer". Basta volver los ojos al pasado y ponerlos en su nacimiento; concretamente en el "número de prueba". Allí se trazó una trayectoria a la que se ha permanecido fiel, porque hay cosas de las cuales no se puede abdicar y ellas son los ideales de *CRISTIANDAD*.

En esta permanencia queremos repetir aquí uno de sus párrafos que nunca caducará porque en pocas líneas está magníficamente condensada toda la grandeza de España. Son palabras de Menéndez y Pelayo en el Epílogo de su "Historia de los Heterodoxos Españoles".

"Dios nos concedió la victoria, y premió el esfuerzo perseverante, dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor, y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas del Ceilán y las perlas que adornaban la cuna del Sol y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramal fue a prender en tierra intacta aun de caricias humanas, donde los ríos eran como mares, y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco."

Ello nos ha recordado ahora un fragmento del radio-

mensaje de Paulo VI en la clausura del Año Jubilar Paulino (26 de enero de 1964):

"Si la Divina Providencia no nos ha deparado la oportunidad de visitar vuestra noble tierra, sí que hemos captado en las páginas de su historia a veces atormentada y siempre gloriosa, su tradicional fisonomía cristiana; hemos admirado sus gestas de martirio, de santidad, de servicio a la Iglesia de Cristo y hemos visto en ellas palpar su alma de altos destinos de aquel, sobre todo, que marca un jalón irremovible en la historia humana: *el completar el planeta y borrar los antiguos linderos del mundo.*"

Aquí nuestra satisfacción es doble, por cristiana y por española. Cristiana al constatar que el Papa ha usado las mismas palabras del ilustre historiador español que hace veinte años *CRISTIANDAD* se honró en llevar a sus páginas como definidoras de la vocación cristiana de España. Esta coincidencia que podría ser meramente anecdótica es una prueba más de que no tenemos que rectificar nada de lo que se ha escrito al mismo tiempo que demuestra, como decíamos al principio, que hay verdades que son "tesoro perenne".

Y española porque, si por una parte creemos que España no terminó la misión de que hablan el Papa y Menéndez y Pelayo con la derrota de sus ejércitos en guerras de independencia, sino que ésta debe continuar porque España es el centro de un mundo con unidad de fe, de cultura, y de lengua, también creemos que *CRISTIANDAD*, dentro de su modestia, contribuye a esta labor y hoy es leída desde Filipinas a Portugal, desde Méjico a la Argentina.

Esto adquiere más importancia, quizá, para los que no conocimos el principio de *CRISTIANDAD* pero nos vamos adentrando en este tesoro de verdades que es la revista en sus veinte años completos.

JOSÉ M.<sup>a</sup> MUNDET GIFRE

*Veü morgonar ab l'espanyol imperi  
l'arbre sant de la Creu á altre hemisferi,  
y'l mon á la seva ombra re florir;  
encarnarshi del cel la sabiesa,  
y diu á qui s'enlayra á sa escomesa:  
—¡ Vola, Colón... ara ja puch morir!*

(Estrofa final de la Atlántida)

## «LA CRISTIANDAD» A ESCALA MUNDIAL

### «UN GRITO DE ALERTA»

“Desde nuestro corazón os llega esta paterna exhortación; desde nuestro corazón intranquilo, por una parte, a causa de las peligrosas condiciones externas que no acaban de despejarse, y por otra, a causa de la indolencia, tan extendida, que impide a muchos emprender la vuelta a Jesucristo, a la Iglesia, y a la vida cristiana, que tantas veces hemos indicado como único remedio y solución a la crisis total que agita el mundo... **oid de labios de vuestro padre y pastor un grito de alerta... no podemos quedar mudo e inerte ante un mundo que camina sin saberlo por derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos... es el momento de sacudir el funesto letargo; es la hora de que todos los buenos, todos los que se preocupan de los destinos del Mundo, se unan y aprietan sus filas... es todo un mundo al que hay que rehacer desde sus cimientos; es preciso transformarlo de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios... ¿cómo podemos Nos, puesto por Dios, aunque indigno, como luz en medio de las tinieblas, sal de la tierra, pastor de la grey cristiana rehúsar esta misión salvadora?... Nos sometemos al arduo deber de ser, en cuanto lo permiten nuestras débiles fuerzas, heraldo de un mundo mejor, cual Dios lo quiere...**” (1)

Los que hace 20 años empezaron *CRISTIANDAD* (Revista), se formaron en la escuela del P. Orlandis y conocieron el por qué del nombre dado a la misma, al ver la exhortación pronunciada por Pío XII, de la que copiamos los fragmentos anteriores, por asociación de ideas, relacionaron este grito de alerta con el “grito de auxilio” que en el último tercio del siglo *IX* lanzó el Papa Juan VIII dirigiéndose al conjunto de cristianos que poblaban el mundo conocido sin distinción de razas ni países incluyéndolos por primera vez bajo el nombre de *CRISTIANDAD*.

La situación, en cuanto a gravedad, salvados los contrastes y distancia de siglos, resultaba parecida a la actual. Para probarlo bastarán algunas ligeras consideraciones.

### LA FE DE LOS CRISTIANOS

Aquella fe de los tiempos heroicos de las persecuciones, al efectuarse las conversiones en masa y cristianizarse los bárbaros invasores, estaba contaminada de paganismo. Aunque los jefes de Estado se convirtieran convencidos, no era posible cambiar en un momento la mentalidad de todo un pueblo, y aunque fuese cierto que los bárbaros en sus bosques norteros eran castos y respetaban la ley del matrimonio, también lo es que relajaron muy pronto sus costumbres al contacto de la inmoralidad y molicie de los pueblos invadidos.

“Eran cristianos mal teñidos que vivían a lo pagano, que celebraban orgías con pretexto de festejar un mártir y se servían de la Misa para encontrar sus *flirts*” (2).

“Dejaban la iglesia desierta para correr a los espectáculos del circo” (3).

“No eran raros los clérigos mixtificados que podían tomarse más bien por galanes que por clérigos” (4).

Si substituimos la conversión rápida y superficial por las “costumbres” cristianas heredadas y seguidas más por rutina que por convencimiento de muchísimos cristianos actuales; ponemos la palabra “fútbol” en vez de “circo” y en lo referente a los clérigos dejamos a un lado lo de “galanes” y lo substituimos por “filo-comunistas”, ciertamente tropezamos con el cuadro familiar que tenemos continuamente a la vista.

Las citas y paralelismos podrían multiplicarse, pero eso basta.

### LA SITUACIÓN DEL PAPA JUAN VIII

A pesar de la habilidad diplomática de Juan VIII, aunque logró coronar en Pavia a Carlos el Calvo como rey de los lombardos, a fin de hacer “más romano” el Imperio y asegurar la defensa de la Iglesia, la situación del anciano Papa llegó a ser desesperada.

Fracasado en su empeño, Carlos el Calvo murió cuando se dirigía a Italia; el Papa quedó preso en San Pedro y aislado de todos cuando el duque de Amalfi instaló los árabes a los pies del Vesubio y la ciudad de Gaeta los lanzó sobre los dominios pontificios.

En estas circunstancias fue cuando escribió: “Hemos buscado la luz y no encontramos más que tinieblas; pedimos socorro, pues no nos atrevemos a pasar los muros de nuestra ciudad, donde los destrozos son horribles. No nos llega ninguna ayuda, ni del Emperador, nuestro hijo espiritual, ni de ningún hombre, ni de ningún país”.

### GRITO DE AUXILIO

“Entonces Juan VIII pensó en una solución. La descubrió en el corazón mismo de su fe, bajo una inspiración que no fue nada menos que del Espíritu Santo. Esta idea prueba que el anciano papa llevaba en sí la chispa del genio. Decidió hacer una llamada **A LA CONCIENCIA DE LA CRISTIANDAD**. Esta palabra que, hasta entonces, no había sido más que sinónimo de cristianismo, de doctrina cristiana, él la comprendió, la utilizó como significado de la **COMUNIDAD CRISTIANA**, la sociedad temporal de los cristianos vivificada por la sociedad espiritual cristiana.

“Juan VIII descubrió y formuló **LA EXIGENCIA DE UNA RESPONSABILIDAD COLECTIVA DE LOS BAUTIZADOS**, que había de ser uno de los fundamentos morales de la edad media. ¡**CRISTIANDAD!** grito de enrole y de alianza...!” (5).

### «LA CRISTIANDAD» A ESCALA MUNDIAL

El “grito de axilio” de Juan VIII se dirigía a los cristianos de una Europa fraccionada por el feudalismo inci-

(1) Alocución de Pío XII a los romanos, 10-I-1952.

(2) San Agustín, citado por Daniel Rops en *L'Eglise des temps barbares*, Arthème Fayard, París, 1953.

(3) San Juan Crisóstomo, *ibíd.*

(4) San Jerónimo, *ibíd.*

(5) Daniel Rops, *ibíd.*, p. 567.

piente y sacudida por las razas de todas las invasiones. Los piratas normandos llegaban hasta el último rincón del Mediterráneo; los húngaros magiares hasta el Atlántico; los eslavos penetraban por el centro; los árabes por el este y el sur.

Pío XII dirigió su grito de alerta al mundo entero, no sólo en su extensión geográfica sino bajo el signo del tiempo que tiende a universalizar las instituciones: Estados Unidos de América, Estados Unidos de Europa, Mercado Común, unificación de la cultura, etc. El "alerta" de Pío XII es una llamada a LA CRISTIANDAD a escala mundial ofreciendo **el único remedio y solución a la crisis que agita el mundo**. El único remedio hecho a **escala del hombre**, el que lleva en sí la Iglesia fundada por Jesucristo para **el hombre tal como es**, ya que por muy moderno que se crea, está hecho de la misma carne y sangre que el hombre prehistórico; por muchos viajes espaciales que haga no puede abstraerse a la obligación de respirar y alimentarse para vivir, y por muy ateo que se proclame, la muerte, en día no muy lejano, le enfrentará con el más allá del que si no es por la fe, no sabe una palabra.

## LOS SIGLOS OSCUROS

La apelación a LA CRISTIANDAD hecha por Juan VIII, de momento no sólo cayó en el vacío sino que le siguieron los llamados "siglos oscuros" de la anarquía feudal. Los reyes perdieron su autoridad; condes, duques y marqueses se alzaron con los territorios que gobernaban; por todas partes se combatía, de ciudad a ciudad, de familia a familia, de hombre a hombre; ningún camino era seguro; las iglesias ardían, el espanto era universal. Con el "sálvese quien pueda" no hubo hombre que no buscará un defensor y cuando veía un soldado fuerte, resuelto y enseñando los dientes, bien acampado en su torreón del bosque o encaramado de una colina contra unos peñascos o dentro de un castillo dominando desde lo alto sus alrededores, se le ofrecía espontáneamente rindiéndole vasallaje. Era el triunfo de la fuerza bruta; el soldado el héroe de los siglos X y XI que sobresalía y era celebrado en los cantares, era él con un golpe de su espada hendía el cráneo de su adversario.

No han pasado siglos desde el grito de "alerta", de la llamada de Pío XII, pero no se necesita ser vidente para darse cuenta de que en el sentido "espiritual" nos hundimos en los tiempos "oscuros". Basta leer — sin mutilaciones ni equívocos — lo que han dicho hasta el presente los Papas que le han sucedido. Es suficiente un ejemplo: Juan XXIII, ocho años más tarde, en su mensaje de Navidad del año 1960, decía que el mundo actual se había formado un anti-decálogo simplemente quitando el **no** a cinco de los diez mandamientos y enseñaba este propio y opuesto decálogo: **mata** (v. g. aborto), **fornica** (es derecho de la naturaleza, hay que gozar de la vida), **roba** (aunque sea atropellando el derecho de otros, causando perjuicios), **habla contra el prójimo falso testi-**

**monio** (si ello te beneficia), **desea a la mujer de tu prójimo** (el adulterio es a lo sumo una pequeña debilidad), **desea los bienes ajenos** (aunque sea injusto y desordenado)...

Esto lo dice el Papa en forma mucho más extensa, y no precisa comentario.

## ¿PESIMISTAS?

Ni pensarlo. Si los cristianos hemos de ser humildes y hasta humillarnos, eso no quiere decir que en nuestra humildad lleguemos a desvalorizar las promesas de Jesucristo y la certeza de su triunfo definitivo. Para Dios "mil años son como un día" y el siglo XX con la bomba atómica, sus sistemas electrónicos y sus cohetes espaciales tiene tanta importancia como el momento desconocido en que un hombre primitivo por casualidad resbaló sobre un tronco redondo e inventó la rueda.

Es verdad que tenemos delante un espectáculo desolador. Inmensa cantidad de gente sigue el antidecálogo; aumentan progresivamente el suicidio y la delincuencia juvenil — aumento que está en razón directa de la supercivilización de los países respectivos —; a fuerza de buscar "autenticidad" se concede carta blanca y se admiten como válidos y normales los peores instintos de nuestra naturaleza tarada; a fuerza de querer ser "sinceros" se rebuscan, se alimentan y se exhiben toda clase de sentimientos morbosos; en aras de esa "autenticidad" y "sinceridad" los jóvenes que no llegan a ser criminales y no quieren suicidarse, vierten en unas cuartillas todo el veneno que pueden acumular contra sus padres y maestros y muestran con orgullo su alma podrida sin madurar; los literatos, novelistas y cineastas nos regalan con la descripción de las funciones biológicas de sus protagonistas y sus propios complejos; son muchísimos los seres mezquinos que odian a cuanto les revela su pequeñez; incontables los que incapaces de hacerse apreciar como creen merecer alimentan insanos resentimientos; abundan los exaltados científicos que por una parte nos quieren hacer creer que todos somos criminales en potencia mientras por otra disculpan todas las transegresiones morales achacándolas a sentimientos regolfados que el subconsciente hace aflorar; la barbarie se ha perfeccionado, ampliado y revestido de formas correctas: el suave movimiento de una palanca desprende la bomba atómica que "plancha" una ciudad y sus habitantes... etc., etc.

Pero así como a la anarquía feudal siguieron los florecientes siglos de las catedrales, los castillos, las universidades, las cruzadas, las grandes producciones literarias en lenguas vulgares y el ideal de una sociedad ordenada de modo que todas sus jerarquías estaban sometidas a Dios, regidas por sus justas leyes y se unía para pelear contra los amigos de la fe, es de esperar que también del caos y confusionismo que padecemos actualmente, surgirá el mismo ideal de LA CRISTIANDAD pero a escala mundial.

M. A. LÓPEZ SUÑÉ

## EL LEMA DE «CRISTIANDAD» Y SU FUNDADOR

# LEMA Y CONSIGNA DE «CRISTIANDAD»

*Al llegar nuestra Revista a sus veinte años de vida, no puede faltar en este número, que celebra sus cuatro lustros, un artículo sobre el lema y consigna que dio a "Cristiandad" con clarividente visión su insigne fundador, R. P. Ramón Orlandis, S. I.*

*Escribe estas líneas quien, a falta de otros méritos, tuvo la dicha de ser confidente de los íntimos secretos del venerado y querido Padre; y depositario de los grandes pensamientos y excelsos ideales de su mente preclara y de su magnánimo corazón.*

### Una duda

Y, como punto de partida, será oportuno consignar que no son pocas las personas, a quienes, al leer el lema de la Revista, les ha asaltado una duda, y han hecho una interrogación. Han dicho así: el lema "Al Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón", ¿no hubiera sido más indicado para una Revista que estuviese dedicada, toda ella, a fomentar la piedad; concretamente a fomentar la piedad hacia el Corazón de Cristo, la piedad hacia Cristo-Rey y su Reino? Tal lema, de expresión piadosa, ¿era apropiado para ser la consigna y el ideal de una Revista, que si bien modestamente, como procede siempre todo lo que está inspirado por la sabiduría cristiana, que es la sabiduría del Evangelio, se consagraba denodadamente a investigar y a poner al alcance de todos los hombres de buena voluntad la Teología de la Historia, la de la Iglesia y la del género humano; y la Teología de los acontecimientos humanos de nuestra época; y todo, como Teología que es, a la luz de la Divina Revelación, y con plenísima sumisión al Magisterio de la Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana?

Tal fue al principio, y tal ha surgido en el pensamiento y en las palabras de no pocas personas durante estos veinte años, la duda sobre el sentido y la adecuación del lema mismo de la Revista.

Y sin embargo, el P. Orlandis, que mejor que nadie, entendió con admirable clarividencia, y sintió con profundo sentido, el significado, el alcance, el objetivo y el ideal de la Revista que fundaba, no vaciló un instante en señalarle ese lema, como expresión total de su carácter distintivo y de su finalidad concreta. Ni tan sólo a los principios de la Revista, sino que con el correr de los años, se fue reafirmando cada vez más firmemente en mantener su consigna con valerosa energía y con inalterable constancia, mientras vivió. Más aún; concibió este lema como la clave de la Revista, como la idea madre y la idea fuerza que había de iluminar y mover, ya de un modo directo, ya indirectamente, pero siempre con intrépida decisión, todos los artículos de CRISTIANDAD.

¡Cuántas veces le oí decir que mientras la Revista

fuese fiel a su lema, y no se apartase de él, sería lo que él había intentado y promovido: una Revista cual los tiempos actuales necesitan; no una Revista más, sino una Revista que, sintiendo plena y filialmente con la Iglesia, Madre y Maestra, colaborase con Ella, bajo su dirección, y sostenida con las gracias saludables, que como aguas perennes manan de las Fuentes del Salvador, a la dilatación y consolidación del Reino de Cristo; y esto precisamente según la mente y las enseñanzas de los últimos Papas, los de nuestra época; es decir, por el medio extraordinario y providencial del Culto y Devoción al adorable Corazón del que siendo nuestro amantísimo Redentor y Salvador, es nuestro Rey eterno y Señor universal, Jesucristo.

### Un gran acto de valor espiritual

Ni quiero pasar adelante sin notar que la elección del lema, y la decisión de mantenerlo sin variaciones ningunas y sin arriar la bandera, fue en el P. Orlandis un edificantísimo acto de valentía espiritual. Preveía él, y adivinaba con certera intuición, que no pocos de los que se llaman "espíritus fuertes" se admirarían de ver y volver a ver, mes tras mes, año tras año, un tal lema en todos los números de la Revista; y que no faltarían quienes con irónica sonrisa o con ademán de duda no participarían en la idea de que el lema fuese acertado y de plena significación del carácter de la Revista.

Mas no era el P. Orlandis hombre como para amilanarse por el espantajo del "qué dirán"; no era hombre para dejarse influir, ni menos vencer, por respetos humanos. Y bien podemos decir que al consignar su lema, y al mantenerlo con inquebrantable constancia, triunfó victoriosamente de los respetos humanos; de esos respetos y miras, tan fríamente naturalísticos, o de miopía cristiana, que se comen vivos a tantos hombres de nuestro tiempo.

Tan sólo el que es verdaderamente humilde es propiamente magnánimo, como lo dijo tan hermosamente San Bernardo al hablar de la humildad sincera y verdaderísi-

ma de la Virgen María, la cual, por lo mismo, fue la criatura más propia y firmemente magnánima. Reflejo de esta misma humildad y magnanimidad, que llenaban el alma del P. Orlandis, fueron las valientes palabras que estampó en la primera página del admirable número "specimen" de la Revista:

"Casi sin excepción, cuando una Revista aparece, viene a llenar algo tan fríamente geométrico como debe ser lo que se ha dado en llenar un vacío. **CRISTIANDAD, más que a llenar un vacío, viene a crearlo y hacerlo sentir.**

"Viene, en primer lugar, a despertar de nuevo el interés de los católicos por todas aquellas cuestiones fundamentales, que, poco a poco, se han ido apartando de la zona de sus preocupaciones, y especialmente por los problemas que afectan directa e indirectamente al perfeccionamiento y a la existencia de la Sociedad.

"Pero, sobre todo, frente a la inconsciencia y el pesimismo provocados por la magnitud de los males presentes, **CRISTIANDAD**, sin disimular el peligro, ni cerrar los ojos ante él, viene a fomentar la esperanza y a levantar los corazones, proyectando la historia, y por tanto el momento que vivimos, en la esfera superior del plan de Dios.

"Como anticipo y muestra de lo que será, Dios mediante, **CRISTIANDAD**, presentamos hoy este ejemplar. Por él se verá que no pretende descubrir una doctrina nueva, ni sentar cátedra alguna; sino, simplemente, proponer y divulgar las enseñanzas de la Iglesia, de sus Romanos Pontífices, y de sus Doctores, manantial inagotable de eterna salud.

"...**CRISTIANDAD** no viene a ser una Revista de carácter piadoso o eclesiástico propiamente dicho; ni menos una Revista política. Será, en cambio, una Revista 'social' en su sentido más amplio, porque se interesará por todos los problemas de la Sociedad Civil, aunque desde el punto de vista cristiano; y también una Revista 'religiosa', porque se interesará por los temas religiosos, aunque desde el punto de vista social. Y todo ello encaminado a llevar a la mente y al corazón de sus lectores esta consoladora verdad: que sólo en el Reinado social de Jesucristo, eficaz promesa de su Divino Corazón, encontrará la Sociedad el remedio de los gravísimos males que actualmente la afligen y amenazan."

Quien así escribía, estaba sostenido en su profunda humildad por la magnanimidad de quien no estriba en sí mismo, sino pone toda su confianza en la fuerza divina de la gracia de Dios, y posee la seguridad de quien siente sincera y plenamente con la Iglesia, "columna y firmamento de la verdad".

### La inspiración del lema

Es que el P. Orlandis fue a buscar en las alturas de la Cátedra de Pedro la inspiración segurísima para dar a la Revista un lema, que siendo su consigna y su ideal, fuese del todo conforme con el Corazón del PADRE, del cual

es Imagen perfecta el Corazón de Cristo, y que late y alienta en el "Dulce Cristo en la tierra".

La inspiración del lema de la Revista no fue otra que la "Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús", hecha por el Papa León XIII.

Estudió el P. Orlandis con atentísima diligencia y penetró con profunda sabiduría teológica la "historia" del solemne Acto de Consagración, con que el inmortal Pontífice quiso que se cerrase el siglo XIX, y se abriese el siglo XX. Consideró los providenciales antecedentes del Acto y su admirable realización; y quiso que se publicase con el título "Emisaria de Cristo Rey; Sor María del Divino Corazón", el relato magnífico de esa soberana "historia", prologando el mismo Padre las páginas luminosas del libro con una introducción, que es una maravilla. Con los ojos del alma puestos en lo que realizó León XIII, ya tuvo la segurísima inspiración para el lema de la Revista que fundaba; ni le cabía la más mínima duda de que tal era la voluntad del Señor, norma suprema de toda rectitud y de todo acierto.

Innumerables veces le oímos todos repetir con íntima fruición las palabras que el mismo León XIII, refiriéndose a su Acto de Consagración, solía decir con acento de profunda convicción y con sentimiento de vivísimo gozo: "el acto más grandioso de su Pontificado".

Ya en abril de 1899, dos meses antes del trascendental acontecimiento, recibía León XIII al Sr. Obispo de Lieja, Mons. Doutreloux, en audiencia privada, de la cual escribía así el ilustre Prelado: "En este momento, León XIII pareció recogerse unos instantes dentro de sí; y levantándose luego en su sillón, me anunció en tono emocionado y solemne que muy pronto publicaría una Encíclica, fundamentando lo que en la misma Encíclica pensaba prescribir; o sea la Consagración del mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús, hasta de las naciones no católicas, y aun de aquéllas que no estaban alumbradas por la fe cristiana; y que mandaría se tuviese un triduo de predicación, los días 9, 10 y 11 de junio, para que se preparasen los fieles al gran acto; y me encargó se hiciera con toda solemnidad en la Catedral de Lieja. 'Sé — me dijo con palabras inflamadas —, que este acto apresurará para el mundo las misericordias que aguardamos'. Y en el curso de la conversación, el Romano Pontífice llegó a decir esta expresión: 'Voy a hacer el acto más grandioso de mi Pontificado'". (Cfr. el aludido Prólogo, pgs. XVI y XVII.)

La Encíclica anunciada salió el 25 de mayo; era la "Annum Sacrum"; y en ella se ordenaba que el domingo, día 11 de junio, en la iglesia principal de cada población, se rezará la fórmula de Consagración del mundo entero, que con la Encíclica se remitía. El Vicario de Cristo personalmente quiso pronunciar esta Consagración, a las siete de la mañana, de aquel histórico día 11 de junio, en la Capilla Paulina.

Y ahora cabe preguntar: ¿cómo entendió y valoró el P. Orlandis esta afirmación sorprendente de León XIII?; ¿cómo apreció el significado de que la Consagración fuese del mundo entero?; y ¿cómo penetró el sentido de la fórmula de la Consagración? Tan sólo respondiendo a

estas tres preguntas, llegaremos a entender la inspiración que en dicho Acto de Consagración tuvo para el lema que dio a su Revista; y el sentido del lema mismo.

a) Lo primero era el tema preferido de sus conversaciones; lo repetía con admiración profunda y con gozo íntimo; y lo ponía en la más brillante luz con sus comentarios geniales. Bastará, como resumen, el breve párrafo siguiente de su citado prólogo: “¡El acto más grandioso del Pontificado de León XIII!; ¡la prescripción y el rezo de unas devotas preces, el acto más grandioso del gran diplomático, del gran político, del gran sociólogo, León XIII! ¿A qué hubieran sonado estas palabras del Papa en los oídos de los intelectuales sin fe, y aun de no pocos católicos? Pronunciadas en la intimidad de una conversación particular, es evidente que no era posible atribuirles al estilo típico de un documento público, cuyo formulario tradicional permite, según piensan algunos, rebajar algo de la importancia que en él se dé a las cosas” (pg. XVII).

b) Cuanto a lo segundo, oigamos también sus mismas palabras: “La Consagración del mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús fue al propio tiempo una proclamación de Cristo Rey; una afirmación del derecho de jurisdicción que Cristo ha concedido a su Vicario en la tierra sobre todos los hombres: sobre los bautizados, porque el bautismo los vincula de hecho a la Iglesia, Reino de Cristo; y sobre los no bautizados, por la obligación que tienen de entrar en la Iglesia. Los primeros son súbditos del Papa, de derecho y de hecho; y los segundos no lo son de hecho, pero sí de derecho. Y en esto se fundamenta la legitimidad del acto del Pontífice, por el cual acto, en virtud de la potestad que tiene sobre todos los hombres, a todos consagró a Cristo Rey, a su Divino Corazón: a bautizados y no bautizados” (ibíd., pg. XXIV).

c) Queda por consignar cómo penetró el P. Orlandis las palabras y el significado de la fórmula misma de la Consagración, ya que tan vivamente hirieron su espíritu, como un rayo de luz celestial, y le movieron con inspiración decidida a dar a la Revista el lema y el ideal que le dio. Procedamos por partes.

Distinguió en el Acto de Consagración dos partes, con el propio y peculiar significado de cada una de ellas; y se fijó singularmente en la ilació o nexo entre una y otra.

1.º La primera parte dice así: “Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano: miradnos humildemente postrados delante de vuestro altar. Vuestros somos, y vuestros queremos ser; y a fin de poder vivir más estrechamente unidos con Vos, todos y cada uno espontáneamente nos consagramos en este día a vuestro Sacratísimo Corazón. Muchos, por desgracia, jamás os han conocido; muchos, despreciando vuestros mandamientos, os han desechado. Oh Jesús benignísimo, compadeceos de los unos y de los otros; y atraedlos a todos a vuestro Corazón Santísimo”. Con ojos iluminados por la luz celestial vio el P. Orlandis en estas breves palabras lo que todos veremos si por dicha nuestra nos ilumina la misma luz con su divino resplandor; es decir, que en esta primera parte se contienen con orden y precisión admirable las

siguientes cosas: I) Ante todo, una solemne y a la vez humilde y confiada introducción, que consiste en reconocer la presencia de Cristo, que si es presencia espiritual en todos nosotros, y presencia mística en su Cuerpo Místico, la Iglesia, es presencia “verdadera, real y sustancial”, conforme a la definición del Concilio de Trento, en la Santísima Eucaristía; es decir, en el Santo Altar, en su Altar, donde se inmola en la Misa, o permanece inmolado en el Sagrario o en la Custodia. Reconocida esta presencia, la acatamos; nos ponemos ante Él con fe y confianza; le invocamos en lo que tiene Él de más atrayente para nosotros: su dulzura, “Dulcísimo Jesús”; y con el título que más nos recuerda su amor, el de Redentor, y Redentor del género humano, de todo él; y esta invocación es que nos mire, que ponga en nosotros sus ojos de amor misericordioso, benigno y obrador de maravillas; y que nos mire así al vernos humildemente postrados delante de su Altar.

II) Tras esta emocionada introducción, el fundamento del acto que vamos a realizar: reconocer la soberanía de Cristo sobre nosotros, como Dios y como Hombre-Dios, Salvador y Redentor, Señor y Rey nuestro. “Vuestros somos”. Tal es la verdad fundamental; porque en realidad, como creaturas, como obras de Dios, nuestro Creador, somos suyos; y como siervos de Dios, nuestro Señor, somos suyos; como hijos de Dios, somos suyos; como redimidos o rescatados por Cristo, somos suyos; más suyos que de nosotros mismos, como lo expresa hermosamente San Agustín: “¿Qué cosa tan tuya que tú mismo?; y ¿qué cosa tan no tuya que tú, si de alguien es lo que tú eres?” (Tract. 29 in Io.).

III) A este firmísimo fundamento sigue el motivo que nos induce y nos mueve a consagrarnos a Él; motivo excelso y de vital consecuencia con la verdad proclamada; motivo que consiste en nuestra voluntad seria y decidida de *ser de Él* en efecto, en realidad de verdad: “*vuestros queremos ser*”. Ni nos contentamos con la voluntad de ser de Él en alguna forma, buena, sí, pero con vínculos no estrechos, o de mera obligación; sino que añadimos el motivo supremo y definitivo de nuestra Consagración: ser plenamente de Cristo, y poder vivir más estrechamente unidos con Él, vivir de su misma vida, vivirla como Él la vivió.

IV) Fundada ya y motivada la Consagración, la podemos hacer, y la hacemos: “todos y cada uno nos consagramos”; esto es, colectiva y socialmente, porque formamos una sola sociedad de redimidos de Cristo; pero también individualmente, porque toda nuestra obra de salvación y santificación ha de ser personal, sin que diluyamos, por decirlo así, nuestra conciencia y nuestra personalidad, lo mismo que nuestra responsabilidad, en la colectividad, en la sociedad. Nos consagramos; es decir, sacamos nuestro ser y nuestra vida de todo uso meramente o exclusivamente profano; y nos hacemos cosa sagrada, dedicada y entregada a usos sagrados y divinos, que elevarán y santificarán todas nuestras actividades de todo orden. Mas, ¿a quién nos consagramos?; “a vuestro Sacratísimo Corazón”; es decir, a Cristo, sí; pero a

Cristo en el misterio de su amor inmenso y sacrificado, misterio que es la clave de todos sus misterios, y que se expresa y se simboliza, con expresión bíblica y con símbolo humano de todos los tiempos, en su Sacratísimo Corazón. El mismo León XIII, en su Encíclica "Annum Sacrum" lo dice con admirable precisión y profundidad: "Y porque en el Sagrado Corazón está y tenemos el símbolo y la imagen expresa de la infinita caridad de Jesucristo, la cual nos mueve, ella misma, a amarnos mutuamente, Él y nosotros, por eso es cosa que corresponde y se conforma con la realidad el dedicarse y consagrarse a su Corazón Augustísimo; lo cual, sin embargo, no es otra cosa que entregarse y obligarse a Jesucristo, porque cuanto de honor, de obsequio, de piedad y devoción se da al Divino Corazón, se da verdadera y propiamente al mismo Cristo" (Ench. symb. et defin..., ed. 22, pg. 659).

V) A todo esto sigue en el Acto de Consagración, como con una dolorida exclamación, el reconocimiento de la tristísima desgracia del género humano en la mayor parte de él; porque la luctuosísima desdicha, que cubre de desolación espiritual la tierra, aun después de haber recibido ella la Sangre Redentora de Cristo, es que muchos jamás le han conocido; y que otros, despreciando sus mandamientos, le han desechado. Así se lo decimos al mismo Señor y Redentor nuestro, como cosa que Él bien sabe, pero que también nosotros la advertimos, la sentimos en lo íntimo del alma, la deploramos con lágrimas del corazón. Por eso nos dirigimos a Él en súplica confiada; y le llamamos lo que en realidad es, "Jesús benignísimo"; y le pedimos que se compadezca de los unos y de los otros; y que los atraiga a todos a su Corazón Santísimo. Tan sólo Cristo puede atraerlos; y quiere hacerlo; mas no precisamente hacia su justiciera sentencia, sino a su amor inefable, a su Corazón, el cual, por lo mismo que es Santísimo, tiene todas las virtudes que pueden atraer a todos, y encierra todas las gracias que pueden hacer eficaz su atracción amorosísima.

Y hasta aquí la primera parte del Acto.

2.º La segunda, en sí misma, es muy fácil de declarar; casi basta con copiarla: "Oh Señor: sed Rey, no sólo de los hijos fieles, que jamás se han alejado de Vos, sino también de los pródigos, que os han abandonado; haced que vuelvan pronto a la casa paterna, porque no perezcan de hambre y de miseria. Sed Rey de aquellos que, por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de Vos; devolvedlos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que en breve se forme un solo rebaño, bajo un solo Pastor". Salta a la vista que en esta plegaria se contienen dos cosas: una es la proclamación de la Realeza de Cristo; que en realidad es Rey, y por todos los títulos que pueden hacer legítima esta dignidad y potestad regia; y, además, un encendido deseo y una confiada petición de que, puesto caso que Cristo es Rey con plenísimo derecho, lo sea de hecho, y sobre todos los que pertenecen a su Reino; es decir: los hijos fieles, o sea los católicos de verdad; los que siendo católicos de nombre, no lo son de hecho; y aun los que por errores en la fe, o por escisión de la unidad, viven

separados del Rey Divino, al no aceptar todas sus enseñanzas, tal como las enseña la verdadera Iglesia de Cristo, que es su Reino en la tierra; o al no reconocer en el Sumo Pontífice Romano la autoridad plena del que es Vicario o Lugarteniente del Rey Supremo en su Reino de la tierra. A esto sigue la alusión a la promesa de Cristo de que algún día se formará un solo rebaño, bajo un solo Pastor; o sea un solo Reino, bajo un mismo y único Rey; y el ruego encendido de que esta promesa se realice en breve.

3.º Y ¿qué sintió el P. Orlandis sobre el nexo o relación entre ambas partes del Acto de León XIII? Ciertamente que esta ilación no se ve a primera vista, pues decimos a Jesucristo que nos consagramos a su Sagrado Corazón; e inmediatamente le decimos: Sed Rey... ¿Es esto, por decirlo así, un salto lírico? De ningún modo. ¿Falta ilación, concatenación de ideas entre la primera y segunda parte? Todo lo contrario. Hay un nexo íntimo, un vínculo ideológico y afectivo estrechísimo, un anillo de oro, que une ambas partes con indisoluble unión; y ese nexo íntimo es el que con profunda penetración vio el P. Orlandis, y lo tradujo en la fórmula del lema que dio a CRISTIANIDAD. Veámoslo, para terminar.

**El lema: «Al Reino de Cristo,  
por la devoción a su Sagrado Corazón»**

La preposición "por" indica la relación de medio a fin; y aquí significa que la devoción al Sagrado Corazón es medio eficaz y camino seguro para el Reino de Cristo, porque es medio eficaz y camino seguro para estas tres cosas: a) para que entendamos con profunda penetración el significado de la idea de Cristo Rey, y de la realidad de su Reinado; b) para que, tributando nosotros en espíritu y en verdad el debido Culto y la sólida devoción al Corazón de Nuestro Divino Rey, logremos ser a boca llena vasallos suyos fidelísimos, y pertenezcamos de hecho y con toda verdad a su Reino; c) y para que inflamados en el amor de correspondencia al que contemplamos en el Corazón abierto de Cristo, nos entreguemos generosamente a trabajar, con el mismo Divino Rey, en su misma empresa de conquista de las almas y de las sociedades para el Reino de la Gracia, que es el que nos lleva al Reino de la Gloria. Consagrándonos nosotros mismos al Corazón Sacratísimo de Jesús, cooperaremos a la dilatación y afianzamiento de su Reinado, consagrando por Él todas las cosas humanas, y consagrando el mismo mundo, para que se identifique con el Reino de Cristo.

Y ¿por qué así? — El vínculo sagrado, el anillo de oro, el lazo de relación íntima y verdaderísima entre las dos partes del Acto de Consagración que hizo León XIII, lo forman tres grandes verdades, que son las mismas que nos hacen ver por qué la devoción al Sagrado Corazón nos lleva al Reino de Cristo, y nos lleva de la manera mejor, la que siendo la más eficaz y segura, es juntamente la más suave y la más accesible a todo el que tenga en su pecho no un corazón de piedra, sino un corazón de carne; más aún, para cambiar el corazón de piedra en corazón de carne, según la expresión bíblica.



¿Cuáles son las tres verdades, cuya consideración atenta nos hará entender del todo bien la consigna que el P. Orlandis dio a la Revista, con el lema que puso al frente de ella, como su razón de ser, su alma y su ideal?

a) La primera de estas tres verdades es que Jesucristo vino para que tuviésemos *vida*: “Yo vine para que tengan vida, y anden sobrados” (Io., 10, 10). Es la vida verdadera, la vida divina en nosotros, la vida de la gracia; la que florece en la tierras, y da el fruto perdurable en el cielo, porque es vida sin muerte, vida inmortal, vida eterna: “Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en Él, no perezca; sino alcance la vida eterna” (Io., 3, 16). Es la vida que habíamos perdido por la prevaricación de Adán, y que Cristo vino a devolvérsola; y con más plenitud y grandeza, pues nos la vino a dar incorporándonos consigo mismo; de manera que nuestra vida de la gracia y de la gloria sea una verdadera participación de la vida de Él.

b) Esta vida que Cristo vino a darnos, la recibimos de su Corazón: “Qui Corde fundis gratiam”, como canta la Iglesia en la Fiesta del Sagrado Corazón; porque en verdad, del Corazón de Cristo, abierto por la lanza del soldado, brota y procede para nosotros la vida sobrenatural; toda ella, con sus divinas realidades: la gracia santificante, las virtudes infusas, teologales y morales, y los dones del Espíritu Santo; como del mismo Corazón traspasado nos envía Cristo su mismo Espíritu Santo, para que nos engendre en el ser de gracia, nos infunda esta vida sobrenatural; y con su acción en nosotros, acción vivificante, nos vaya haciendo semejantes a Sí: hombres espirituales y santos, como Él es Espíritu Santo. Sucede en este gran misterio del amor de Cristo algo así como lo que vemos en la vida corporal, la cual en cierto verdadero modo procede del corazón; y así, cuando éste desfallece por un progresivo desfallecimiento, o se paraliza por un colapso repentino, deja de vivir el cuerpo. Y por eso nos amonesta la Sagrada Escritura: “Más que otra cosa ninguna, guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de vida” (Prov., 4, 23).

c) Y, por último, para darnos Cristo la vida sobrenatural, y dárnosla por amor, por el amor de su Corazón, anunció y fundó su Reino. En su Reino nos da su vida; por su Reino la tenemos; dentro de su Reino la vivimos y la perfeccionamos con incesante crecimiento. Se atemperó en esto el Señor, como en todo, lo demás de la vida

de la gracia, a lo establecido por Él mismo en la vida natural; y por esto, así como venimos a la vida humana en el seno de la sociedad primordial, que es la familia, y después en ella nos formamos; y más tarde, para toda actividad humana nos reunimos en sociedades, y tan sólo alcanzamos el bien común, fin de la Sociedad civil, dentro de ella; así fundó su Reino para darnos en él y por él la nueva vida; vida evidentemente superior, vida divina. La predicción del Reino de Dios encerraba, por decirlo así, en el Antiguo Testamento, toda la economía mesiánica; el Bautista anunció la proximidad del Reino de Dios; y el centro de la predicación de Cristo, el núcleo del Evangelio, es el Reino de Dios, del cual dice Cristo: “mi Reino” (Io., 18, 36); y muchas veces lo llama Reino de los cielos, porque en verdad, del cielo vino, y al cielo conduce; y en este sentido no es de este mundo, como dijo Jesús (ibíd.); es espiritual, porque los medios con que se funda, se consolida y se conserva con espirituales, más aún sobrenaturales; es interno, porque es el reino de las almas; pero juntamente, como debía ser conocido de los hombres, aparece al exterior; es visible el Reino de Cristo: la Iglesia de Cristo.

Así pues, si Cristo vino a darnos la verdadera vida y vida eterna; si la recibimos de su mismo Corazón, porque nos la mereció y nos la da por el gran misterio de su inmenso amor, expresado y simbolizado en su Corazón; y si para que tuviésemos en realidad su misma vida, fundó su Reino; es bien claro que el Corazón Divino es la causa de nuestra salud; y que por la devoción a ese Corazón Sacratísimo llegamos eficaz y dichosamente a ser propia y plenamente vasallos de su Reino, y aun sus cooperadores en su dilatación: “Al Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón”. Y por esto mismo terminó León XIII su Acto de Consagración con aquella súplica: “Conceded, oh Señor, incolumidad y libertad segura a vuestra Iglesia; otorgar a todos los pueblos la tranquilidad en el orden; haced que del uno al otro confín de la tierra no resuene sino esta voz: Alabado sea el Corazón Divino, causa de nuestra salud; a Él se entonen cánticos de honor y de gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

No podía tener nuestro lema una inspiración más alta y segura; ni lo podemos entender y mantener mejor que a la luz del más grandioso acto del Pontificado de León XIII, “lumen in caelo”.

ROBERTO CAYUELA, S. I.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Mayo - 1964

**GENERAL:** Que observados los mutuos deberes y obligaciones y depuesta toda desconfianza, instaure en todo el mundo la paz en la verdad y la caridad.

**MISIONAL:** Por la cristiana educación de las niñas de Africa.

# ANTOLOGIA DE ESCRITOS DEL P. ORLANDIS EN «CRISTIANDAD»

## OPTIMISMO NUCLEAR

A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de "Cristiandad" publicados hasta ahora le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la adaptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro *magisterio*, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a El con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano. No es otra la significación de la Acción Católica. ¿No se habría de definir la Acción Católica como la movilización general del pueblo cristiano? y ¿es posible una auténtica movilización general sin que el pueblo movilizado sienta vitalmente el ideal que le moviliza? y ¿es posible el entusiasmo por un ideal, sin la fe en este ideal, en su virtualidad, en la posibilidad de su realización?

Todos los números de "Cristiandad" son una profesión de fe y de esperanza en este ideal, y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque "Cristiandad" ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aun hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los *intransigentes*, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los *intransigentes* a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el oscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella, ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?

Perdóneme el lector la digresión. Decíamos que "Cristiandad", los que forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuando más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.

León XIII, el gran León XIII, en su luminosa encíclica *Libertas* esto encarga cuando reconoce la necesidad eventual de la hipótesis, la necesidad de acogerse al sistema de las llamadas libertades modernas. *Quod sentit de ipsis Ecclesia, idem ipsi sentiant*, lo mismo que de estas libertades siente la Iglesia, sientan ellos, los católicos que viven en una nación en que la hipótesis es necesaria.

Por lo mismo, ¿por qué disimularlo?, "Cristiandad" siente su espíritu encogerse, al llegar a su noticia ciertas alabanzas sin ningún género de distingos, de naciones en que por necesidad se vive en la hipótesis, alabanzas que celebran el bienestar, la cultura de aquellas naciones, como si fueran espejo en que las demás se han de mirar, ejemplar que han de imitar, ideal que han de emular.

El optimismo de que acabamos de hablar es, como decimos, nuclear, substancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del cielo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano. Ahora preguntamos: si "Cristiandad" es fruto de esta flor siquiera fruto humilde, ¿cómo podría ser substancialmente engendradora de pesimismo? Una sola explicación se podría dar de ello: la ineptitud de los que la rodean, la falta de dotes naturales, la falta de formación, o tal vez la falta de espíritu sobrenatural, que esteriliza las obras apostólicas que más fruto habrían de dar.

## EL OPTIMISMO DEL P. RAMIÈRE

Mas, adelantemos un paso: los redactores ordinarios de "Cristiandad", los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el P. Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. "Cristiandad" no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el P. Ramière; pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Pues bien, ¿quién habrá, por poco versado que esté en los libros del P. Ramière, por poco que conozca su vida y su actuación, que pueda tacharle de pesimista? En vida se le echó en cara una excesiva benevolencia para con los católicos liberales de aquel tiempo y aquí mismo, en Barcelona, vio la luz un libro en que por esta razón se atacaba duramente una de sus obras fundamentales, "La Soberanía social de Jesucristo". Por otra parte, su optimismo no se limitaba a lo substancial que hemos descrito, no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.

(...)

## LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA

Formados, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en *Schola Cordis Iesu*, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición "Adveniat Regnum tuum", es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida "El Reinado social de Jesucristo". Natural fue que para ello acudieran a las obras del P. Ramière. Este, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la Historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo San Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de Teología de la Historia.

Ahora bien, los miembros de *Schola Cordis Iesu* se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de "Cristiandad".

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía porque se miraba por muchos casi como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incomprensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.

(Frag. del artículo ¿SOMOS PESIMISTAS? n.º 73)

## LA IDEA DE «CRISTO REY»

### EL PENSAMIENTO DEL PAPA

Se puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que se siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (UBI ARCANO, QUAS PRIMAS).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (Passim).

3.º Por consiguiente, entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defiende y tutela los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (UBI ARCANO).

4.º La realización de este ideal no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (UBI ARCANO, QUAS PRIMAS, MISERENTISSIMUS REDEMPTOR).

### LA PESTE DE NUESTRO TIEMPO

Cuantas veces habla S. S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier Papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la

suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del REINADO DE CRISTO puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruido, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que infecciona las almas?: no es otra que el LAICISMO. Las palabras de Pio XI son terminantes:

“Al prescribir al mundo católico, que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado LAICISMO, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en sólo un día. Tiempo hacia que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzó por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden — claro es — a la bienaventuranza eterna. Luego, paso tras paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en substituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios” (QUAS PRIMAS).

Esta caracterización del malhadado LAICISMO, peste de nuestra sociedad, descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor edad.

De esta apostasia social, de esta separación de Jesucristo, ¿qué consecuencias se siguen para la sociedad? S. S. nos lo recuerda a renglón seguido: “Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la Encíclica UBI ARCANO y de nuevo los lamentamos hoy”. Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pio XI: “La humana sociedad trastornada y llevada a la destrucción.”

Así, la negación de la realza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realza de Cristo es vida, salud, prosperidad. “Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil: la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz”.

(...)

## ACTUALIDAD PSICOLÓGICA DE LA IDEA

La idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus engaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

## ACTUALIDAD PROVIDENCIAL

La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray-le-Monial!: ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de Santa Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la Devoción al Divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: “Reinaré

a pesar de mis enemigos." Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray.

Y son los Papas mismos, Vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el Pontífice León XIII en su Encíclica ANNUM SACRUM señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S. S. Pío XI declara en su Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMPTOR que al instituir la fiesta de Cristo Rey se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus actos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la celebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la Realeza de Cristo, pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al Reinado suavísimo de Jesús.

Y al terminar el artículo no podemos dejar en olvido al Pontífice reinante, que ya en su primera Encíclica hizo suyos expresamente los actos y las esperanzas de sus predecesores, de que acabamos de hablar.

(Frag. del artículo ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY, n.º 39)

## SENTIDO DE CRUZADA

*Oración.*—La oración preparatoria sea la sólita.

*Primer preámbulo.*—El primer preámbulo es composición viendo el lugar... Será aquí ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor predicaba.

*Segundo preámbulo.*—El segundo es demandar la gracia que quiero. Será aquí pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.

### PRIMERA PARTE: LA PARÁBOLA

*Primer punto.*—El primer punto es poner delante de mí un rey humano elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los principios y todos los hombres cristianos.

*Segundo punto.*—El segundo es mirar cómo éste habla a los suyos, diciendo: "Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo y así de beber, vestir, etc.; asimismo de trabajar como yo, en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos."

*Tercer punto.*—El tercero, considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano, y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

Aquí tienes ante tus ojos el ejemplo o parábola del Rey temporal, de la cual afirma San Ignacio que ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal, la vida de Jesucristo, a que se se habrá de dedicar el ejercitante, con intención y atención absorbente, a lo largo de los días que aun le quedan de ejercicios.

Desde luego, se echa de ver que a juicio del Santo esta parábola no es algo baladí. Muy solícito anda el Santo en preparar y disponer al ejercitante, a fin de que en la contemplación y en la oración se establezca entre el alma y Jesucristo aquel contacto, aquella intimidad que conduce tan directamente a la imitación del modelo divino, a la abnegación de sí mismo y a la verdadera santidad. Esto hace pensar que él, o por convicción racional o por propia experiencia, y tal vez por luz venida del cielo, veía en aquella parábola una singular conducencia para que el ejercitante entrara más pertrechado e iluminado en aquella nueva etapa de los ejercicios. ¿Qué fuerza o virtualidad veía el autor de los Ejercicios en esta parábola? Antes de pasar adelante vamos a examinar con alguna mayor atención su contenido y su significación y tendencia.

¿Qué es lo que en la parábola clara y abiertamente se contiene? Parécenos indiscutible que la proclamación de una Cruzada, y no de una cruzada efímera o parcial, sino total y definitiva: la movilización total de la Cristiandad para la conquista de toda la tierra de infieles, con esperanza segura de victoria... Su victorioso resultado habría de ser nada menos que la extensión del Reino de Cristo a todo el mundo, la unidad de todas las naciones en la fe y en la sumisión a la Iglesia.

(...)

"No os llaméis maestros; uno solo es vuestro Maestro, Cristo." Esto dijo de Sí mismo Jesucristo, y en ello no había ni la más leve sombra de arrogancia. Él era la Verdad y había venido a este mundo a dar testimonio de la verdad. Y era esto tan manifiesto, que cuando Él hablaba las turbas se maravillaban de su enseñanza y decían: "Jamás hombre alguno

ha hablado como *Este*", porque enseñaba como quien tiene autoridad. Jesucristo enseñó al mundo su doctrina religioso-moral, que era complemento de la doctrina revelada en el Antiguo Testamento, y que, llevada a su última perfección por la comunicación directa del Espíritu Santo a los Apóstoles, había de constituir el tesoro de verdad confiado a la custodia vigilante y a la interpretación infalible de la Iglesia, hasta la consumación de los siglos.

El mundo cristiano admitió la verdad indiscutible de este cuerpo de doctrina, reconociendo la obligación de adaptar a esta verdad su inteligencia y su conducta. El género humano hace veinte siglos que está experimentando que su bien verdadero está en esta sujeción y adaptación de su inteligencia y de su conducta a esta enseñanza bajada del cielo; y ahora que ha ensayado la insensata tentativa de emanciparse de ella, vive en angustias de agonía. Su único remedio es volver a sujetar y adaptar su inteligencia y su conducta a la doctrina que le dio vida. Es necesario que el mundo penitente vuelva a tomar sobre sí el yugo de la doctrina de Cristo, que es yugo suave porque es el de la verdad.

Pero, ¿cómo persuadir al mundo a este necesario viraje?

Sería craso error e insensatez poner esperanza en la fuerza material. Ni la Iglesia cuenta con ella ni es el camino de Dios.

Sólo resta la persuasión, y para persuadir al mundo de que quiera volver a Cristo parece que se ofrecen dos caminos: el de al convicción y el de al fe; o convenecr al mundo de la bondad intrínseca de la doctrina de Cristo, o el de reconocer a Cristo como redentor y salvador, como el único maestro y, rindiéndole homenaje, admitir sin discusión ni mutilación su doctrina y su verdad. Este segundo fue la sapientísima táctica del Maestro de los maestros al predicar su Evangelio y la seguida por los Apóstoles y por la Iglesia docente: el homenaje rendido a la soberanía doctrinal de la Verdad divina, el camino de la fe.

Por la Persona del Maestro, a la aceptación de la doctrina; por la persona del Rey, a la aceptación de su Ley.

El acatamiento, el homenaje, el respeto a la Persona del Maestro, es actitud necesaria al mundo que debe salvarse.

Pero el mundo debe, necesita ir más allá: *Así amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito*. Jesucristo es don de Dios, don hecho al mundo por Dios enamorado del mundo, y este don de Dios, que es Jesucristo, es Persona, y, por ende, capaz de amar y de ser amado. Y Jesucristo amó al mundo hasta morir por él para atraerle a Sí por el amor y para que, enamorado de Cristo, admitiera de buen grado la justicia y la salud que Cristo le ofrecía.

Y la Iglesia es esposa enamorada de Cristo. Si bien es verdad que no pocos cristianos católicos viven en tibieza, y aun en pecado mortal, siempre en ella ha habido y hay un núcleo de personas, no tan poco numeroso como a primera vista puede parecer, enamoradas de Cristo; y a éstas se le comunica Cristo por medio de sus gracias y dones maravillosos.

Esta comunicación con Cristo les hace objeto no pocas veces de burlas; casi siempre de juicios despectivos y presuntuosos de incrédulos y malos cristianos que a sí mismos se llaman sabios.

Una de estas almas privilegiadas fue Iñigo de Loyola, a quien comunicó Dios sus Ejercicios para volver el mundo *al mucho servir a Dios por puro amor*.

Entre ellas hay que contar a las almas sencillas, como Margarita María de Alacoque, a las cuales, para hacerles ver en forma sensible su amor a los hombres, Jesús se lo ha manifestado simbólicamente en su Corazón de carne como en nuevo llamamiento de su amor, para que, aceptado por medio de la devoción a su Corazón el llamamiento de Jesús, se salve el mundo...

\* \* \*

(...)

San Ignacio pone por título al ejercicio del Reino de Cristo las palabras arriba transcritas: "*El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal*." Siendo, como es evidente, el llamamiento del Rey temporal la proclamación de una Cruzada ideal, se ve claramente que el Santo experimenta en sí mismo que el haberse detenido en el fraguarla en su pensamiento y en su imaginación y el sentirla en su corazón, lejos de serle estorbo para subir al conocimiento de Cristo y de su obra y al deseo de imitarle y de servirle y de amarle, le había ayudado positivamente para ello.

Sin duda percibió la relación de analogía que existe entre lo uno y lo otro. Lo primero se desarrolla dentro de la órbita de lo natural, por más que la intervención manifiesta de Dios y la intervención última de los que intervienen la hagan rozar con lo sobrenatural; lo segundo es todo en sí mismo sobrenatural.

Entre lo natural y lo sobrenatural no se da semejanza estricta, sino aquella manera de relación que los escolásticos sabiamente denominan analogía.

Dado lo que es el hombre y su naturaleza, es camino normal para hacerle subir al conocimiento y sentimiento de lo espiritual el partir de lo material, y para lo sobrenatural el partir de lo natural, apoyándose en la analogía. Y ésta es la táctica de San Ignacio.

Por qué el Santo, entre tantas ideas naturales que sirven de escalón para subir a lo sobrenatural, escoge la de la Cruzada, no tenemos ahora espacio para examinarlo.

Sólo una cosa diremos...: que el autor de los Ejercicios, al proponer la parábola, ofrece en primer lugar al Rey temporal y de él baja a la empresa, de la persona a la obra. Ésta será su táctica en adelante, en el curso de los Ejercicios: de Jesucristo a su obra y a su doctrina.

Ramón ORLANDIS, S. J.



## La Virgen, nuestra Madre, no va a desunirnos

He de confesar por delante que no me gustaron nada ciertos comentarios a la memorable congregación conciliar en la que se votó la inclusión del esquema de María en la constitución dogmática "De Ecclesia". Me parece que uno tiene derecho a manifestar sus opiniones siempre que sean bien razonadas y con la debida caridad.

Me refiero a los comentarios que recargaban las tintas en contra de una de las tendencias para hacer resaltar mejor las razones con que se quería explicar "a su talante" la exigüidad de la diferencia de votos. Es decir, que la diferencia venía a ser exigua porque hubo presión psicológica hasta el último momento de la votación. Y así hemos leído que "en todas las residencias episcopales se depositaron papeles contrarios a la inclusión" y que "en la misma mañana del 19 de octubre (querrán decir del 29) se repartieron, en la misma entrada de la basílica de San Pedro, dos folletos, uno a cicloestil y otro impreso con esta misma tendencia. No comprendo cómo se puede informar de esta suerte en nombre de la objetividad y después de haber oído tantos consejos pontificios a este respecto.

Lo cierto es que en los dos días anteriores a la votación (29 octubre) hubo propaganda intensísima de una y otra parte. Y que, a pesar de repetir una y otra vez los moderadores y los oradores que "fuere cual fuere el resultado en nada había de empañarse la dignidad de María", sin embargo, la cuestión no es de pura forma; en el fondo late un problema marial que a mi ver explica por sí solo el loable interés de los padres que solicitaban la no integración. Intentaré explicarme.

### La cuestión marial

Con estas mismas titulares (*La question mariale*. Ed. du Seuil, 1963, París) escribió el sacerdote D. René Laurentin, notable cronista conciliar, y perito, y mariólogo..., un libro que quería proyectar luz, y la proyecta, sobre el fondo en que se agitaban, y se agitarían los debates que tendrían lugar en el aula del Concilio en torno a nuestra Madre. Algo se dijo ya al tocarse este punto en las discusiones del esquema sobre la liturgia y, sobre todo, cuando el cardenal Ottaviani antes de cerrarse la primera sesión pedía

a la asamblea se tratase primero el esquema marial antes que el *De ecclesia*. Recordarán ustedes que no dejaron de oírse voces un tanto intemperantes, voces que ahora patrocinarían la integración.

Con estas mismas titulares "*La question mariale*" se publicó una entrevista de René Laurentin con el redactor Jorge Daix en "*La France Catholique*" (1 noviembre 1963. Y en la crónica de "*Le Figaro*" del 30 octubre, en la que se muestra partidario de la integración, Laurentin nos dijo: "Si je craignais d'avoir exagéré en décrivant la crise que traverse actuellement la question mariale, dans la livre que j'ai publié sous ce titre, ce climat suffirait à me montrer que je suis resté en deçà de la vérité. Le piace me manque pour exposer ici la problème et la solution que le Concilio se doit de lui apporter. Disons seulement que situer les fonctions et privilèges de Marie par rapport au Christ et à l'Eglise est un des moyens de conjurer cette crise. Le vote a décidé en ce sens, mais à 40 voix de majorité seulement. Le cattachement n'est donc acquis que de justesse. Cela manifeste un état de division qui me fait beaucoup reduire la suite".

Nosotros creemos también que la cuestión marial subsiste, y que España no está ajena a su solución.

Laurentin plantea la cuestión en estos términos, poco más o menos: Se nota entre los católicos una incomprensión recíproca, algunas veces hasta cierta oposición; entre aquellos a quienes les basta Cristo y los que ponen a María en el primer plano.

En el plano doctrinal se ha hecho como una rotura entre la teología y la mariología. En el calor de la especialización, la mariología ha tendido a erigirse en tratado aparte, escogiendo principios propios, métodos propios, fuentes propias. De esta forma la mariología es ordinariamente menospreciada de los teólogos. Les hace el efecto de un cuerpo extraño que no merece atención. En abandonando este sector a los mariólogos con gesto de dejadez, los teólogos olvidan de dar a la Virgen el lugar que le corresponde en el campo de la teología en donde ella tiene su puesto, y puesto de importancia.

En el plano de la piedad hay como un mal entendido, de rotura también, entre los cristianos que se presentan mariales

ante todo, y los que no lo son del todo. Uno hallará de un lado una cierta fiebre en exclusiva; de otro, reticencias, y hasta irritación, respecto a María. Y esto va contra una corriente muy profunda de la tradición católica.

Laurentin resume esta situación con una carta que ha recibido de un coadjutor de una parroquia misionera, que tiene su significado en especial para los que gustan llamarse "de avanzada".

Hace pocos días un socio activo de la *Sociedad Mariológica Española* se quejaba, con razón, de algunos cronistas del Concilio Vaticano II. Y cabalmente se llama Laurentino. "No me parece comedido ni pertinente — dice nuestro don Laurentino M.ª Herrán, presbítero — que en crónicas que quieren reflejar el clima del Concilio se mezclen las opiniones de un sector con los excesos del pueblo que representan, y se achaquen a la mariología española las supersticiosas exageraciones del vulgo ignorante. Además de impertinente es ofensivo. E injusto. En ninguna asamblea mariana (están publicados íntegros los trabajos que se han leído durante veintidós años en 24 volúmenes) se ha recomendado cantar saetas ni encender cirios a las estampas de los rincones, ni fundar cofradías para lucir un último modelo de Christian Dior. Y descalificar a los *teólogos marianos* (permitan a este articulista subrayar *teólogos marianos*, porque a mi ver nuestros mariólogos españoles jamás han roto con la teología, y sus métodos y sus fuentes) y a los Padres Conciliares de España por los abusos que crecen a retaguardia, ni es honesto ni lógico ni pertinente, sino todo lo contrario. Como tampoco es teológico ponerse al lado de un bloque, porque es el "nuestro". No se hace teología por sentimiento ni por patriotismo. Pero "sentir" la teología que elaboran apellidos españoles, y estar ufanos de que, desde San Ildefonso a San Antonio María Claret, España haya dado al mundo escritores y predicadores y teólogos marianos de Primera División, no es "forofismo" (perdón por la palabreja), ni chauvinismo: es ufanía de hombre de buena casta... El asunto que me duele que, sin lernos, fuera se nos rechace, llevados ellos por un tópico "antisemantista". Y duele más que, "dentro", a una tarea tan "entrañable", a una postura filial, a un amor que pensamos clarividente (San Pablo habla de la luz que tienen los ojos del corazón), a una tarea de tantos años y afanes, se le pegue una etiqueta de "maximalista", etiqueta que nos rodea de espinos y aisladores.

"Porque, en definitiva, estamos seguros de sentir con la Iglesia cuando creemos, defendemos y proclamamos lo que creemos, defendemos y proclamamos sobre la Virgen". Con esto, señores y hermanos míos, pueden comprender mejor la cuestión marial a la española. Que otros por sus contactos con ambientes no católicos, adopten otras posturas, a su parecer, más indicadas para gloria de la Iglesia, no vamos a contradecirles si sus razones se lo merecen. En cambio, nos parece fuera de tono el quijotismo de algunos, que se gozan de poder citar a un Hans Küng o a un Rhaner o a un Congar... y tomar a chacota o no hacer caso de nuestros mariólogos.

Hans Küng, por ejemplo, es muy amigo del eminente calvinista Karl Barth. Este en unas declaraciones que hizo para la revista "Réalités" (París, febrero 1963) afirmaba: "Nous trouvons que l'exaltation de la Vierge, c'est à dire d'une créature, a été poussée beaucoup trop loin par Rome. Nous redoutons beaucoup que l'Eglise catholique n'en arrive à ériger un jour en dogme sa conception de Marie co-rédemptrice". "Le plus gros obstacle au rapprochement entre l'Eglise Réformée et l'Eglise Catholique c'est un petit mot que l'Eglise Romaine rajoute après chacune de nos propositions. C'est le mot: *et*. Quand nous disons Jésus, les catholiques disent Jésus et Marie". "Autant je suis hostile au développement de la «mariologie», autant je suis favorable à celui de la «josphologie». L'Eglise Romaine, je sais, préfère comparer son rôle à celui, plus glorieux, de Marie. Elle apporte au monde le Message évangélique de la même façon que Marie nous a donné le Christ. Mais le comparai-son est fallacieuse. L'Eglise ne peut pas

enfanter le Rédempteur, mais elle peut et doit le servir, avec un zèle humble et discret. Tel fut, précisément, le rôle de Joseph..."

Esto me hace tener comprensión para con los teólogos extranjeros. Se me ocurre, no obstante, esta pregunta: ¿Y nuestros teólogos no tienen derecho a ser comprendidos? Y si la cuestión marial en España se presenta distinta, ¿la hemos de medir por el mismo rasero que las de fuera?

Uno tiene derecho a pensar que los de casa *a priori* tienen preferencia en lo de casa, y si son ponderados, como lo son nuestros mariólogos, ¿por qué su voz no ha de merecer ser escuchada con el mismo trato con que lo es de nosotros la voz de los de fuera?

#### Solución española a la cuestión marial

La reduciría en pocas palabras a unas afirmaciones hechas por el insigne Presi-

dente de la Sociedad Mariológica Española, el claretiano P. Narciso García Garcés a la benemérita revista "Miriam" (Sevilla, noviembre 1963): en el plano teológico y en el plano de la piedad.

En el plano teológico diría: "Que el Concilio Vaticano II sanciones con su autoridad todo el esquema presentado sobre la Santísima Virgen, sin quitar nada e incluso perfeccionándolo con algún ligero retoque". Esté o no esté incluido en el esquema "De Ecclesia".

En el plano de la piedad: "Todos los apostolados marianos son eficaces y todos se necesitan y complementan entre sí. Tiene su eficacia la teología mariana para dar solidez, para salir al paso de brotes jansenistas, etc. Tiene su eficacia la divulgación sencilla para extender la riqueza mariológica. Tiene su eficacia (y es el fin de todo) la vida de devoción mariana, cultivada de mil modos en el hogar, en el colegio, en la residencia. No acierto a separar estos apostolados". ¡Que la Virgen, nuestra Madre, no va a desunirnos!

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CONDE, E.: *La Cruzada de Occidente* (Barcelona, Publicaciones Cristiandad). I vol. 16.º, 335 p.

En esta colección de escritos políticos, Conde parte de las fechas más significativas de la historia de los últimos años de la segunda guerra mundial, y de los primeros años de la primera postguerra, para llamar de nuevo a Europa a la misión espiritual que la Divina Providencia le ha confiado para el mundo entero.

La sustancia de la tesis de Conde es la siguiente: la historia de los últimos decenios ha derribado todas las barreras materiales que habían sido levantadas entre los varios continentes y las diferentes naciones, y ha hecho nacer un mundo caótico que puede ser salvado tan sólo si en lugar de barreras materiales se levantan fronteras espirituales.

El mensaje de Conde es de actualidad, ya que desde muchas partes se hacen hoy esfuerzos para reconstruir una Europa unida, pero se olvida un elemento necesario, el espiritual, que debería servir de fermento para todos los demás. Deseamos que este mensaje halle amplísimo eco. Empero habríamos querido que el mismo incluyera entre sus destinatarios también a Italia que ha tenido en el pasado y está destinada a tener también en el futuro una posición de guía.

B. MONDIU, S. J.

*Divus Thomas. Comentarium de Philosophie et Theologia*

LIZAUN, CIPRIANO: *Don Bruno*. Pamplona, 1963. Editorial Gómez. 23 cms. 162 páginas.

Don Bruno Lezáun y Sanz de Galdeano fue un sacerdote navarro de extraordinaria ejemplaridad, fallecido poco más de dos años ha. Un sobrino y discípulo suyo piensa con mucha

razón que el surco de vida tan ejemplar no debe dejarse perder. Y con desenfado simpático y familiar toca a rebato por aquellos pueblos de Abárzuza, Anderaz y Arizala, en los que se deslizaron los años pastorales de Don Bruno e invita a cuantos conocieron al venerado Pastor, para que entre todos ayuden a reconstituir la semblanza espiritual escribiendo sus propios recuerdos atañentes a Don Bruno. Cuando vemos a tantos sacerdotes jóvenes, llenos de buena voluntad, buscando desalados nuevos métodos con que mover y arrastrar a las almas, vendrá muy a tiempo un libro que nos muestre cómo la pastoral tradicional, lejos de haber perdido su virtualidad, está esperando sacerdotes de temple apostólico que con la predicación abundante y adaptada, con los catecismos preparados y perseverantes y, sobre todo, con un ardoroso apostolado vocacionista, soplen en el rescoldo de nuestros pueblos cristianos y les transmitan el auténtico mensaje de Cristo. Porque ésta es la conclusión que se saca al cerrar el libro, provisional y preparatorio, de Don Cipriano Lezáun: una predicación prodigada sin descanso, una catequesis persistente, ininterrumpida y un singular poder de atracción sobre las almas para incitarlas a seguir el estado de perfección. Baste decir que los sacerdotes y religiosos que deben de alguna manera su vocación a Don Bruno son más de un centenar y que las religiosas, en distintas comunidades, no bajan de quinientas. "Lo que puede un Cura hoy" se intituló hace medio siglo un famoso Librito del Arcipreste de Huelva, después Obispo de Palencia. Lo que puede un Cura hoy es la lección de la vida de Don Bruno, muy merecedor de la vida que le preparan sus paisanos y que los que no lo somos leeremos, sin duda, con fruición y con provecho.

FRANCISCO SEGURA, S. J.

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año  
» de amistad de 200 a 1000 Ptas.  
» de protección a partir de 1000 »  
Número suelto . . . . . 20 »

# CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.